AÑO IV — BUENOS AIRES, 20 DE ABRIL DE 1925 — No. 170

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a M. Torrente

LA MEDICINA OFICIAL

La ciencia es un lingote de oro fabricado artificialmente por un alquimista charlatán. Se quiere simplificarla, hacerla accesible, poniéndola al alcance de todo el mundo, y se encuentra que se estuvo acuñando solamente moneda falsa.

Cuando la gente llegue a darse cuenta de la inutilidad y falsedad de ella, por cierto no les dará las gracias a quienes se la proporcionaron. —Tolstoy. (*"Rimmescences of Leo Nicolayevitch Tolstoy*, by M. Gorky.

Gorky se indignaba porque el gigante de Yasnaia, de vez en cuando, despectivamente tildaba de veterinarios a los médicos y empleaba el tosco, rudo lenguaje de los campesinos para calificar las dolencias de los hombres, confundiéndolas con las del ganado. El instinto genial que le hizo componer ese libro "¿Qué es el Arte?", extraordinario por la claridad, la frescura de sus pensamientos y ese candor primaveral de niño grande, lo aplica frecuentemente a las cuestiones sociales y a las diversas manifestaciones de la actividad humana. La ciencia médica, como casi todas las disciplinas del intelecto, se halla maniatada por los múltiples y fuertes hilos de las convenciones — que ninguna atingencia tienen con la investigación científica — y que formuló el substrato moral burgués a fin de domeñarla, ejerciendo una prerrogativa absoluta sobre ella. Por ende, el autor de "Ana Karenine" no andaba descarriado en su desdén y su juicio "malévolo", según el vagabundo maravilloso. Aún más lejos va Gorky, pues concluye por considerar una perversidad el hecho de que en "La Sonata de Kreuzer" se ridiculice y se trastrueque los diagnósticos médicos para ponerlos en boca de cualquier albéitar de aldea. Y escandalizado exclama el escritor ruso: "Y pensar que todo esto fué escrito después de haber existido Jenner, Behring y Pasteur". Nosotros, pobres pigmeos, no terciaremos en el debate de estas dos cumbres del pensamiento y del arte. Sabemos que Tolstoy se inclinaba hacia el naturismo, haciendo radicar todas las enfermedades en dos hechos fundamentales de nuestra naturaleza: la sensualidad y el mal funcionamiento del estómago. Mientras Gorky, quizás menos simplista, aunque más complicado, es ferviente partidario de la ciencia moderna, con su secuela natural: la bateriología, la sueroterapia y todos los intrincados armatostes de los diferentes laboratorios. Pero hemos traspuesto un cerco y penetrado en un campo que nos está absolutamente vedado a nuestro escaso y precario bagaje científico. Es que nuestro propósito no aspira a tanto. En la faz que encararemos la medicina es en la acción social e impositiva. Nos queremos referir a sus relaciones con el paciente, el Estado y el ambiente.

I

Lo que extraña es que en el ejercicio de la medicina las responsabilidades profesionales sean un tanto aleatorias. Un ingeniero que construya un puente y que al año se derrumbe, además del desprestigio consiguiente, marrará su carrera y, si hubo desgracias personales, es posible lo envíen a la cárcel; un arquitecto, un constructor que se le desplome un techo, un cornisón o una moldura, le sucederá cosa parecida o peor. Y así sucesivamente en casi todos los oficios, profesiones y carreras. Existen luego una multitud de otras actividades y disciplinas en que la idoneidad queda librada al arbitrio de las circunstancias.

Entre ellas se halla la medicina, codeándose con la política, el foro y la burocracia gubernamental.

Un campesino, al verse en el apurado trance de pagar al médico, que había asistido a su mujer, le preguntó:

—¿Vd. la curó?

—No.

—¿Entonces Vd. la mató?

—No, tampoco.

—Entonces, si nada hizo, nada le debo.

Aunque pueda parecer paradójico este juicio sumario del campesino, la pizca de verdad que existe en este hecho nadie se la quita.

En Lima cundieron de tal modo los herbolarios chinos — médicos recibidos en su país, con muchos más años de estudio que sus colegas occidentales — que, alarmados los miembros de la medicina

legal de esa ciudad, elevaron una solicitud a las cámaras alta y baja, a fin de que dictaran leyes reprimiendo el curanderismo asiático. Pero al elevar el informe no pudieron citar un solo caso fatal contra los médicos chinos, mientras éstos sí, citaron cientos de casos contra los otros.

Breve. El pueblo en masa se opuso a que se sancionaran tales medidas y a su vez elevó un memorial al ejecutivo con muchos miles de firmas. Los médicos limeños tuvieron que tascar el freno y amainar sus iras. Total, en su petitorio, no entraba en juego el decoro profesional ni las verdades científicas desdoradas por los curanderos asiáticos, sino los puercos y bajos intereses. La "tripe", como diría Rabelais.

Los médicos chinos por una consulta cobraban de sol a sol y medio, incluso la pócima de yerbajos; entanto que los médicos legales no bajaban de cinco hasta llegar a veinticinco soles o más, cuando se trataba de celebridades recién ancladas de Europa o Norteamérica.

Los alópatas, si algunas veces curan a sus enfermos, son más las ocasiones que se les mueren o los matan. Los herbolarios, aconteciéndoles algo más o menos parecido, a ninguno matan, ni muere nadie por causa de ellos. Esta era la ventaja de un sistema sobre el otro. Los casos peligrosos y las enfermedades en su período avanzado, si la ciencia china no los sanaba, tampoco la occidental lo lograba.

Por eso, con el sentido práctico y sensato que distingue al pueblo cuando hay cosas que le atañen de cerca, siguió concurriendo a los consultorios asiáticos, donde se podían ver prelados, damas empingorotadas y en gran número el pobrerío limeño.

Hemos recordado estos hechos, observados personalmente, a fin de aminorar la infalibilidad y el dogmatismo de que quiere revestir la ciencia médica oficial a ciertas verdades que ella cree inconcusas. Una de ellas, la principal, es la vacuna y los sueros que sirven de antídotos a ciertas enfermedades específicas.

Hablemos ahora de la vacuna, de la bacteriología y de la sueroterapia. Pero advirtamos desde ya que lo haremos, no por boca nuestra, sino con apuntes y datos extractados de una obra que le llevó a su autor treinta años de estudio, de contracción, acordados con una ejemplar probidad intelectual. Nos referimos al libro citado ya en estas mismas columnas en diversas ocasiones: "Rational Diet" — Otto Carqué".

No podemos precisar bien en qué fecha un médico argentino elevó al Consejo Nacional de Higiene un proyecto de vacunación uniforme que se extendería a todo el territorio del país. En ese proyecto, tendiendo a inmunizar un ejército de enfermedades hipotéticas, creemos se proponían otras medidas más audaces, alocadas y desaprensivas. Una de ellas consistía en suministrar en épocas de probables epidemias de grippe o de otros azotes semejantes, inyecciones antidóticas. Otro facultativo rebatió estos puntos de vista preventivos a largo plazo, escribiendo un par de columnas en el suplemento dominical de *La Nación*. El contenido de esas dos columnas lo hemos olvidado y lo único aferrado por nuestra memorial es que era muy peligroso implantar un sistema igualitario, no contando con las diferentes idiosincrasias de los enfermos, sino con la teórica sintomatología de las enfermedades; y todavía, sobre una verdad tan instable como es la vacuna y la inmunización mediante sueros antidóticos. Si no es exactamente lo que quiso decir en ese trabajo, en última síntesis era lo mismo. Estamos seguros que con tan pocas palabras no hemos traicionado el pensamiento fundamental del autor.

Por otra parte, estos proyectos más o menos descabellados se produjeron a todo lo largo del camino que la ciencia médica ha recorrido en algunas décadas. En la época que los fisiólogos, cirujanos y etc., descubrieron que teníamos un apéndice en nuestro cuerpo y fué operado Eduardo VII, un facultativo, operador diestro, en el "Lancet-Journal" proponía suprimir la apendicitis extirpando todos los intestinos ciegos de los recién nacidos. Afortunadamente, la ocurrencia no prosperó. En los específicos, en las enfermedades, en los sueros, en las bacterias se sufre las mismas alteraciones de la moda, como en los vestidos femeninos y los sombreros de ambos sexos. Y tal vez con más vertiginosa rapidez decaen como toman un auge inaudito. En esto los hombres de ciencia tienen algunos contactos con los modistos. Claro que existen honrosas excepciones.

II

Oigamos ahora a Otto Carqué. La teoría pretendiendo afirmar que los gérmenes son la causa de enfermedades tales como la tuberculosis, el cáncer y otras similares, no puede aceptarse como artículo de fé indiscutido e indiscutible Una primaria sensatez lo impide. La célula humana es el resultado de una evolución de millones de años; en cambio los pretendidos gérmenes son simples larvas, alimentándose con las empobrecidas y agonizantes células de los productos de un sistema deteriorado. Nunca podrán vivir entre un tejido compuesto de células sanas y vivientes, impermeables a toda suerte de bacterias.

Se ha dicho con profunda cordura que si esta teoría fuese verdadera y su hipótesis respondiese a una extricta realidad, nadie hubiese podido vivir, desde que no podemos esterilizar el aire. A pesar de todo, la sintomatología y la bacteriología predominan en sus "curriculas", o sea en sus diagnósticos y los intentos de curaciones. Lo más frecuente y la ley general de la pereza mental y de la debilidad humana, es buscar para nuestros males un culpable; y si se sucede probar fehacientemente que el germen lo es, este descubrimiento o la flamante invención será propalado por las trompetas del periodismo mundial, así como por los más pequeños grafófonos. Entonces, la vindicta de la salud pública y la credulidad de la mayoría, se hallan satisfechas. El famoso fisiólogo Rudolf Virchow, uno de los más ardientes defensores de la teoría de los gérmenes, declaró en sus últimos años:

"Si pudiera rehacer los días pasados de mi existencia, dedicaría todos mis esfuerzos a probar que los gérmenes buscan sus naturales *habitáculos* — los tejidos enfermos — en vez de ser ellos la causa originaria de la enfermedad de esos tejidos".

A despecho de todas estas demostraciones y de las experiencias realizadas por esclarecidos hombres de ciencia; a despecho de los hechos reales, de las pruebas que se presentan en la práctica coti-

diana con los pacientes, la mayoría de los médicos se obstinan en confundir los efectos con las causas, considerando que los gérmenes son directamente responsables de las enfermedades. Todavía parecen ignorar que un torrente de sangre pura y una circulación normal y una mente libre de preocupaciones, en otros palabras, una buena salud mental y física son los únicos factores de la inmunización. Si fuera cierto que un solo germen importado a una comunidad es causa de una epidemia, ésta nunca terminaría de flajelarla. El profesor Dr. Pettenkofer, de Munich, una vez ingirió un germen de cólera ante la excitación y el pavor de una audiencia estupefacta, sin que después sufriera la menor indisposición.

Los médicos creen que pueden prevenir las epidemias, mediante la vacunación de los sujetos, pero esta supuesta verdad científica no se basa en hechos rigurosamente biológicos, sino en dudosas estadísticas. Las epidemias van y vienen sin que los galenos nada tengan que ver con ellas, ni con su aparición, ni con su desaparición. La grippe o influenza, hizo extragos en los últimos diez años en Norteamérica, país altamente perfeccionado en los sistemas sanitarios, y desafió máscaras, cuarentenas y las múltiples medidas adoptadas por el Departamento de Higiene. En ese entonces se descubrió el germen de la influenza por el Instituto Rockefeller, y poco después se le presentaba a la humanidad una nueva clase de vacuna. Nada objetaremos a los que se avienen a ser vacunados, quienes podrán satisfacer su deseo con creces; pero no se debe insistir se avengan a ello los que se protegen por una vida racional, imponiendo la tiranía de una pseudo ciencia. Tampoco en esto hay que desdeñar la influencia deletérea del terror psicológico, que debilita las energías más vitales, preparando el terreno a las enfermedades. Y en épocas epidémicas, este terror mental y subconsciente flota en la atmósfera provocando cuantiosos estragos. Otras veces también, este estado de alma colectiva se le prepara artificialmente para satisfacer bajos intereses.

La medicina preventiva que se enseña en las universidades no progresó mucho desde los tiempos del barbero Jenner, quien, en 1770, cuando aún nada se sabía de la química biológica, estudiaba farmacopea y cirujía en Londres. Jenner, mientras se interesaba por una droga, llamada *theriaca*, supo que fué preparada por el rey Mitridates VI, quien, temiendo ser envenedado, vivía en una incesante aprensión de ánimo. Para contrarrestar cualquier conato de envenenamiento se obligó a ingerir durante toda su vida substancias tóxicas. Para ese fin hizo un compuesto de materias nocivas diversas, que luego denominó *theriaca*. De ella bebía pequeñas cantidades metódicamente, aumentando cada vez más la dosis. Esta leyenda, una vez leída o escuchada, ya no se olvida. Jenner por cierto no la olvidó. Mientras en su aldea se ganaba el pan de cada día aplicando ventosas y haciendo sangrías, la mujer de un campesino le contó otra historia. Le dijo que una sirviente que había estado en contacto con variolosos tuvo un principio de esa enfermedad y, al ordeñar una vaca atacada de carbunclo en la ubre, la infectó, desapareciendo poco después el incipiente principio variólico. Lo sucedido a esta vaquera, tampoco lo olvidó. Y al conectar las dos historias, leídas y escuchadas, le sugirió un sistema de inoculación con tóxico virulento, a fin de inmunizar al paciente. Y hoy día, a la altura de nuestro siglo, la medicina ortodoxa pisa y sigue todavía la huella de sus pasos. Después de una centuria y media, después de los portentosos progresos de la química y de la fisiología, se encuentran miles y miles

de ciegos imitadores del famoso barbero, cuyas teorías equivalen a nosotros lo que la alquimia del medioevo a la química moderna. La ciencia médica se pertrecha de microscopios, de vacinetas con cultivos de gérmenes, y sigue ignorando la gran verdad: que la última y fundamental causa de las enfermedades no se halla al alcance de los microbios y del escalpelo.

La publicación "The Vaccination Inquirer" de Londres, publicó el siguiente informe:

"Los casos de viruela registrados en Filipinas durante el año 1918 llegaron a un total de 47.369 de infecciosos, de los cuales murieron 16.447. Manila, la ciudad cuyos habitantes fueron repetidamente vacunados, tuvo el más alto porcentaje: un 65,3 o|o; en cambio, Mindanao, el lugar menos vacunado, tuvo el más bajo: 11,4 o|o. Nunca hasta entonces se pudo comprobar en una determinada cantidad de casos una mortalidad tan elevada como la de 65,3 o|o. Si se considera que en esa ciudad el cuerpo médico se halla completamente al día de las novedades científicas de su especialidad y, evocando el período pre-Jenner de los años pasados, se necesitará solamente la puerilidad del criterio cientificista para explicar razonablemente la espantosa cifra de un 65,3 o|o.

Un incidente tan significativo como este macabro y desdichado suceso, nos conduce a la única conclusión lógica y sensata: que la vacuna repetida con tanta frecuencia, fué la más responsable para avivar y prolongar la epidemia."

Un cirujano del ejército estadounidense escribía desde Filipinas a un periódico de Nueva York:

"Puedo asegurar que no hubo tropa que haya sido tantas veces vacunada. La vacunación y revacunación se desarrolla como el ejercicio cotidiano; y después de todas estas precauciones y medidas preventivas, cuatro mil soldados se enfermaron de viruela, de los cuales murieron 200. Durante dos años que estuve de servicio, el número de los enfermos en lista, por los efectos infecciosos de la vacuna, osciló continuamente de 13.000 a 14.000. De estos pacientes, muchos murieron en la enfermería o en sus casas; otros quedaron inválidos".

En el Japón, desde 1886 hasta 1905, la totalidad de vacunados llegaron a 91 millones, trescientos cincuenta y un mil cuatrocientos siete, en un población total de 42. 027.661 habitantes. Durante este período de vacunación y revacunación, el Japón tuvo, entre 1886 y 1908, 171.500 casos de viruela con una mortalidad de 48.000, que arroja un porcentaje de 28 por ciento. Si la vacuna evita la viruela, bien hubiera podido demostrarlo en estos dos casos citados.

En vez de retrotraerse una provechosa lección de la evidencia de estos hechos; en lugar de utilizar la experiencia, desprendida de este estado de cosas, unos años después se repetía el mismo error durante la guerra mundial. Varios millones de soldados fueron vacunados contra la viruela y la tifoidea. Los resultados beneficiosos fueron éstos: mientras unos cincuenta mil murieron a consecuencia de los proyectiles y los gases venenosos, más de 200.000 fenecieron en los hospitales o sus casas, debido a enfermedades infecciosas que nada tenían que ver con las heridas, o las curaciones deficientes.

La bacteriología, al punto que llegó, condujo la medicina a través de un dédalo de errores; y se necesitará mucho, pero mucho tiempo, para que estas equivocaciones garrafales sean confesadas y públicamente divulgadas. El espíritu sordidamente comercial de la época y de la mayoría de sus hombres, y las influencias políticas, están tan íntimamente entrelazadas con la enseñanza pseudocientífica de las universidades, que exigirá los esfuerzos reunidos en un solo haz de todos aquellos pensadores independientes y de todos los que por sus investigaciones en esas materias podrán cambiar la mentalidad contemporánea. Ellos, con la superioridad moral, otorgada por una vida de probidad y estudio, harán comprender que la fuente inicial de todos los males procede particularmente de dos factores: el primero el ejercicio desenfrenado de la medicina oficial; y el segundo se deriva de la desnutrición de una vida paupérrima y anormal, impuesta por la concepción teogónica y económica burguesa, con su irritante injusticia de la superabundancia apoplética arriba y la escasez lancinante en los subsuelos, en la sentina de la sociedad moderna.

Por Rangel y compañeros

Los camaradas de México se ocupan incesantemente de la liberación de J. M. Rangel, de Ch. Cline, de Abraham Cisneros, de Pedro Perales, de Leonardo L. Vázquez, de Jesús González, los supervivientes de una frustrada expedición armada desde los Estados Unidos a México, en 1913, con el propósito de luchar por la revolución social que diera a los obreros y a los campesinos mexicanos la tierra y la libertad a que tienen derecho. Fué la idea de una campaña solidaria en favor de esos compañeros la que decidió a los delegados del tercer congreso de la C. G. T. de México a dirigirse a los I. W. W. para concertar una acción común en beneficio de los presos por cuestiones sociales; los I. W. W. se hicieron los sordos al principio y por último, apremiados en su silencio, respondieron con calumnias e insultos.

La oportunidad de una campaña internacional en favor de Rangel y compañeros nos incita a echar una mirada retrospectiva para exponer la causa que llevó a ese grupo de combatientes al martirio que sufren en las prisiones del Estado de Texas, Estados Unidos, desde hace 11 años.

En mayo de 1913 J. M. Rangel llegó a los Angeles, California, con el propósito de organizar el elemento mexicano de los Estados norteamericanos fronterizos para tomar parte en la lucha por un nuevo México. Con él trabajó también Eugenio Anzalde, Ricardo Flores Magón y los demás miembros de la Junta organizadora del partido liberal se hallaban a la sazón tras las rejas en Mac Neil Island.

Rangel y Anzalde habían salido de las prisiones maderistas unos meses antes, en marzo o abril. Adeptos ardientes de las doctrinas libertarias de Ricardo Flores Magón, que afirmaban el derecho a la tierra y a la libertad, lucharon en México lo mismo contra los partidarios de Porfirio Díaz que contra el falso liberal Madero y contra Huerta. En el Estado de Chihuahua, Rangel, Prisciliano Silva, Anzalde y otros, riñeron serios combates al frente de algunas docenas de partidarios y a su paso procuraban materializar el programa del partido liberal, repartiendo la tierra a los campesinos y declarando abolido todo sistema de gobierno del hombre por el hombre. En un lugar cerca de Candelaria, en el mismo Estado, Rangel cayó herido y prisionero de los maderistas, lo mismo que Anzalde, en 1911. Desde esa fecha fueron conservados en prisión en la ciudad de México. Algunos tránsfugas del partido liberal, como Juan Sarabia, intentaron catequizarlos para el bando de Madero, pero todo fué inútil. En febrero de 1913, el militarismo porfirista que había quedado disimulado en las filas de Madero, se levantó en armas y puso fin al reinado del sucesor de Porfirio Díaz. El cambio de gobierno devolvió la libertad a Rangel y a Anzalde. En cuanto se vieron libres, sabiendo que Ricardo Flores Magón y los otros miembros de la Junta del partido liberal estaban tras las rejas, se dirigieron al campamento de Emiliano Zapata, conferenciaron con él y combinaron una acción armónica. Aunque Zapata no era un libertario, muchas de sus reivindicaciones eran tomadas del programa de acción del anarquismo, como por ejemplo la expropiación de la tierra y de los instrumentos de producción a favor de los trabajadores.

Anzalde y Rangel comenzaron su plan de organización de los elementos simpatizantes de las reivindicaciones libertarias del partido liberal residentes en los Estados fronterizos de los Estados Unidos, pero tropezaron con enormes dificultades y varios meses más tarde conseguían emprender la marcha hacia México con una veintena de combatientes sólamente; al ir a pasar la frontera por un lugar llamado Carrizo Spring, Texas, fueron sorprendidos por tropas norteamericanas la mañana del 13 de septiembre. El día anterior habían capturado dos o tres de los esbirros que los perseguían; conviniendo luego la neutralidad de las fuerzas norteamericanas con respecto a la expedición de Rangel, con tal de que fueran puestos en libertad los individuos capturados, dos de estos fueron puestos en libertad, pero el tercero, de nombre Ortiz, mexicano de origen, fué reservado. No obstante el pacto, fueron atacados de nuevo por fuerzas muy superiores antes de pasar la frontera y de los veinte alistados, quedaron presos 14. Uno de los miembros del grupo de Rangel, José Guerra, a quien se había encargado de la custodia del esbirro Ortiz, cuando se produjo la refriega dió muerte al prisionero. De Guerra no se volvió a saber más. El día del asalto fueron muertos además otros dos camaradas, uno llamado Silvestre Lomas y otro Juan Rincón, ambos miembros del partido liberal, y el segundo empleado más de un año en la administración de *Regeneración*. Los 14 presos fueron llevados a San Antonio, Texas, y condenados a penas bárbaras. Contra Raagel y Perales estuvo cernida varios meses la espada de Damocles; existía la firme intención de llevarlos a la horca, acusados del asesinato del esbirro Ortiz. Fué entonces cuando Zapata intervino y por lo menos el peligro de muerte fué conjurado, pero he aquí algunos de los resultados de las sentencias: J. M. Rangel, 99 años de prisión, Abraham Cisneros, 99 años de prisión, Ch. Cline, cadena perpétua, Jesús González, cadena perpétua. Pedro Perales y Leonardo L. Vázquez, 25 años, y así por el estilo. Eugenio Anzalde fué muerto en la prisión por los guardianes en 1915, Lucio V. Ortiz en 1916, otros murieron a consecuencia del régimen carcelario. De los 14 procesados sólo quedan con vida los seis que hemos nombrado al principio. Y Rangel, el más viejo de ellos, tiene ya 63 años.

Todo el delito de estos hombres es la muerte del esbirro Ortiz, no probada a ninguno de los procesados, y el haber violado las leyes de la neutralidad, organizando en tierra norteamericana una expedición armada contra un Estado extranjero. Si en lugar de haber simpatizado con el anarquismo hubiesen luchado por alguno de esos generales de ocasión que se disputan constantemente el poder en México, a estas horas no estarían en la cárcel.

Realmente Rangel es un enemigo peligroso para el orden capitalista. No se contenta solamente con amar un ideal lejano de libertad y de bienestar para todos, sino que, combativo por temperamento, está dispuesto en todo instante a jugarse la vida por lo que considera bueno y justo. Ya en septiembre de 1906 se rebeló en Tamaulipas contra la tiranía de Porfirio Díaz, inspirado por la prédica de los orientadores de *Regeneración*. Ese primer ensayo quedó frustrado, pero fué la chispa de la guerra sin cuartel contra el régimen porfirista que no volvió a descansar en paz en lo sucesivo. En 1908, en la nueva intentona del partido liberal, fué herido en la batalla de Las Vacas contra las tropas del gobierno federal, logrando refugiarse en los Estados Unidos; un año después cooperaba con Práxedes G. Guerero, Tomás Labrada y otros en los preparativos para un nuevo levantamiento, pero, descubierto por la policía del presidente Taft, fué sentenciado a 18 meses de prisión por violación de las leyes de neutralidad, pena espiada en la penitenciaria de Leavenworth, Kansas. El levantamiento que se preparaba en 1909 estalló en 1910, pero esta vez, ya no era sólo el partido liberal el que entraba en la brecha, era Madero, un millonario de San Pedro de las Colonias, aspirante a suceder al dictador Díaz. Práxedes Guerrero hizo un esfuerzo supremo por desviar al pueblo mexicano de la ilusión de un nuevo gobernante y murió con las armas en la mano en diciembre de 1910. Rangel cumplió su condena en Leavenworth en 1911 y corrió a México, tomando como campo de acción el Estado de Chihuahua. Fué entonces cuando los maderistas lo hirieron y lo tomaron prisionero.

Anzalde, asesinado en las prisiones de Texas, como hemos dicho, en 1915, comenzó a tomar parte activa en las luchas revolucionarias de México desde 1908. En la campaña de 1911 estuvo con Rangel en Chihuahua y con él fué hecho prisionero por los maderistas.

Perales actuaba en el movimiento liberador también desde 1908 y fué procesado varias veces por su participación en la guerra social. Cisneros era jóven aún cuando cayó en poder de las fuerzas norteamericanas en la frontera de México, en septiembre de 1913, pero una prueba de sus convicciones y de sus entusiasmos es el hecho de que hizo un viaje a pié de más de mil millas para alistarse en el grupo de Rangel. Y así los otros. Todos son acredores a nuestro respeto y a nuestra solidaridad.

Los que actualmente disfrutan el poder político en México y que se complacen en evocar la epopeya de la lucha contra la dictadura de Porfirio Díaz, debieran pensar que esos mártires de las prisiones de Texas fueron los que allanaron el camino al poder a costa de grandes sacrificios y peligros. Y los trabajadores de México no tienen derecho a olvidar que Rangel y compañeros no combatieron en provecho propio, sino para dar la tierra a los campesinos y las fábricas a los obreros a fin de poner en práctica la máxima revolucionaria: ¡el que quiera comer que trabaje!

Han pasado ya 11 años y ese puñado de combatientes que sobreviven, continúan en la cárcel. Ricardo Flores Magón, que estaba dispuesto a no cesar jamás de echar mano a todos los recursos para obtener su liberación, ha muerto él también en una prisión norteamericana. Los camaradas de México se proponen continuar su campaña en favor de los presos, en México y en los Estados Unidos. A su voz debemos unir la nuestra, haciendo de la liberación de Rangel y compañeros un motivo de propaganda internacional, como debiera serlo el nombre de Simón Radowitzky también.

En las prisiones de todos los países están los combatientes más resueltos y enérgicos del anarquismo; luchando por su liberación, lucharemos por integrar nuestras filas con hombres de temple y de tenacidad probadas, es decir, lucharemos por devolver a nuestro movimiento el vigor que le han quitado los jueces serviles de la justicia histórica.

Imaginemos en la calle, luchando a nuestro lado, los millares de anarquistas presos en Italia, en España, en Rusia, los numerosos revolucionarios de los Estados Unidos, de la Argentina, del Brasil, ¿no es verdad que constituiríamos una fuerza formidable?

No sólo por razones de solidaridad debemos hacer todos los sacrificios y realizar todos los esfuerzos posibles en favor de los presos, sino hasta por razones de cálculo egoista, ya que devolver la libertad a los millares de nuestros más enérgicos luchadores, es dar a nuestro movimiento un vigor y un empuje inusitados. Los hombres como Rangel tienen siempre un puesto en la vida revolucionaria activa y no todos pueden llenar el vacío que su ausencia ocasiona. ¡Secundemos todo intento de campaña en su favor!

D. Abad de Santillán

Un tomo en 8°. de 268 págs. $ 1.20

Todo pedido debe venir acompañado de su importe a nombre de MARIANO TORRENTE

La revolución rusa y el bolchevismo reinante: su efecto descripto e interpretado por Emma Goldman

My disillusionment in Russia by Emma Goldman (New York, Doubleday, Page et Co, 1923, XXII, 240 pags.

My further disillusionment in Russia ... (id. 1924, 178 pags.)

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE RUSIA A PARTIR DE 1917 PROMOVIDAS POR LA LECTURA DEL LIBRO DE EMMA GOLDMAN

(*Conclusión*)

II

Al devorar el libro en cuestión — es de los que se leen de un solo tirón — me he dicho cien veces: *¡lo mismo que entre nosotros!* Para explicarlo, he tenido el privilegio, no muy agradable, de pasar todos estos años, y durante los acontecimientos rusos de 1917 y después, en Austria, país sucesivamente bloqueado y hambriento, supuestamente revolucionario y muy ciertamente desmembrado, vuelto a bloquear y vuelto a ser condenado al hambre, pero nominalmente republicanizado, hasta gobernado socialdemocráticamente en coalición con la clerocracia, — y siempre bajo la tutela vigorosa de una burocracia numerosa, arruinado completamente, a excepción de especuladores florecientes, arruinados ellos también en 1924, lo que les impone el deber de enriquecerse de nuevo y de completar la ruina del resto del país — ¡he ahí la situación! Cuando se ha pasado por eso, se ha pasado por la mayor parte de los horrores de la Rusia presente, exceptuados los fusilamientos, y verdaderamente hay una semejanza. Los que han vivido siempre en los países de vida relativamente normal, no pueden figurarse siquiera cómo sucedieron las cosas en Austria, y los acontecimientos rusos les son más misteriosos aún, mientras que desde aquí, desde Austria, se tiene — ¡a falta de otra cosa! — al menos una ojeada para esa miseria común y precedentemente desconocida en los tiempos modernos. Yo creo que para comprender los acontecimientos rusos es preciso partir de esta base: *la desorganización de la vida social y la falta y el daño progresivos causados por la larga guerra.*

Tras esa base hubo otra que es común a todos los países, pero de la cual nos ocupamos muy poco: es que la llamada abundancia de productos, la superproducción, la plétora de los mercados no es un fenómeno constante, absoluto — ¡si fuera así deberían existir en alguna parte acumulaciones inmensas o ser destruídas cada año! —, sino bastante relativo, parcial y accidental, y la apariencia contraria es creada por la organización práctica extraordinaria de la circulación y por la "falta de necesidades", es decir por la vida pobre, frugal, la penuria, y la ausencia de acumulaciones de la gran masa de los trabajadores y de los campesinos igualmente. Si la circulación (ferrocarriles, barcos) es obstaculizada, si el obrero quiere comer un poco mejor y deslomarse un poco menos, si el campesino concibe la idea fantástica de comer él mismo los huevos y la manteca, — entonces, la sociedad burguesa está pronto al fin de sus recursos y no queda en pié más que la *fuerza* y el *engaño*. La fuerza es el Estado, la burocracia, que dispone de la fuerza armada y que proclama entonces su monopolio, su confiscación de todo — es el llamado socialismo de guerra que hemos visto en acción desde 1915 en Alemania y en Austria, la llamada nacionalización de las pseudorrevoluciones de 1918 en esos países, y la burocracia bolchevista desde noviembre de 1917 no hizo otra cosa. Todo está bajo el control absoluto de la burocracia apoyada en la fuerza armada

El engaño es el especulador, el monopolista individual que explota ese artículo al que el monopolio estatista ha dado un valor ficticio enorme, hace sus negocios en todo momento y se protege arreglándose con el Estado y sus representantes por uno de los mil medios a su disposición. El resultado es la omnipotencia del Estado, la riqueza de los especuladores, el hambre y la esclavitud de los obreros y la expoliación de los poseedores no especuladores que están forzados a dar lo que tienen a los especuladores a cambio de los artículos monopolizados indispensables (víveres, alojamientos, etc.); en cuanto a los campesinos, son inevitablemente transformados en especuladores, puesto que el monopolio de la producción agrícola es aplastante; se protegen contra el Estado por la reducción de la producción y su posición es reconocida en todas partes como inatacable.

En tal situación, la burguesía media, la que no sabe ni gobernar ni especular ni trabajar, es pauperizada, deprimida intelectualmente, arruinada en salud y cae en el último nivel de la miseria, después de haber dado sus últimas acumulaciones de objetos de algún valor a cambio de víveres.

Los obreros — como ninguna otra clase — no pueden subsistir con los artículos racionados y el mínimo de otras cosas que su paga les permite comprar; trabajan con menos fuerza y la producción es reducida; se ven forzados a llevarse materiales u objetos producidos a su alcance y así solamente pueden subsistir, —lo que además disminuye la eficacia de la producción y produce una indiferencia moral general, puesto que en todas las filas y categorías de la vida social las distinciones entre desinterés y rapacidad, solidaridad y egoismo se borran, y la fuerza, el engaño, el disfrute, el abuso, todo se confunde: todo se vende y todo se compra; el monopolio se compra mil defensores y el sub-monopolio es despojado por todos lados.

Tales han sido, y son aún de notoriedad pública, las consecuencias fatales del apoyo de la vida social normal, cuando el Estado, es decir la burocracia armada, queda en pié y cuando las acumulaciones antiguas, que no fueron consumidas aún, permiten un juego de presa aprovechable a los especuladores que se sirven del Estado. Es infinitamente poco probable que haya sido diferente en Rusia: todas las relaciones describen ese estado de cosas: monopolio gubernamental absoluto, burguesía en sano y salvo, obreros en la miseria y trabajo poco productivo, y campesinos en actitud defensiva inexpugnable. Sólo que sería preciso conocer la medida y el grado exacto de esos fenómenos en diversas épocas críticas de 1917 — en el momento de la primera revolución, en marzo, la decadencia del zarismo, — en el momento de la revolución social, en el verano — y en el momento de la supremacía súbita adquirida por los bolchevistas y anarquistas *reunidos* (porque la cooperación poderosa de los anarquistas en ese momento es un hecho adquirido, véase el libro, I, 46 y II 24-85); se conocería entonces la magnitud y la marcha de la crisis económica antes del bolchevismo y se harían comparaciones con su marcha durante su régimen.

Otro factor por conocer es la organización de la vida social durante los meses del verano de 1917, cuando el pueblo tuvo verdaderamente los codos libres. Se sabe que los campesinos expulsaron a los propietarios rurales y tomaron la tierra y que las fábricas pasaron a manos de los obreros que al mismo tiempo reuniéndose en soviets, han debido elegir o delegar órganos para regular la circulación de los productos y su propio aprovisionamiento en alimento, útiles y materiales. Las cooperativas existían entonces, ¿han podido continuar, han podido poner en relación a los obreros y a los campesinos o han sido disueltas? ¿En qué grado se mezcló Kerensky en la organización de la vida social? En breve, ¿se comenzó a salir de la confusión por localidades y territorios o hubo un esfuerzo único, sea gubernamental, sea obrero-corporativista-campesino? Y en noviembre, en el momento del golpe de Estado bolchevista, ¿se estaba en crisis, en desunión progresiva, o al contrario, en vías de arreglarse, sea por territorios, sea por todo el país?

Es preciso saber aún cuál fué la influencia de la guerra en el verano de 1917. Porque si se atribuye el éxito maravilloso de la revolución de marzo de 1917 a la lasitud de la guerra que había sido sostenida el tiempo suficiente para carcomer el último prestigio del zarismo — no sé si esa opinión es justificada absolutamente — entonces no se puede negar el nuevo impulso dado a la guerra por Kerensky y el fracaso de esa renovación de la guerra se hizo manifiesto en el verano. Se sabe que los bolchevistas no han vacilado en hacer la paz a todo precio en febrero de 1918 (Brest-Litowsk): ¿en qué grado esa disposición suya ha sido conocida del pueblo en noviembre de 1917, en qué grado ha influído en su victoria entonces? Porque todos los otros partidos habrían querido continuar la guerra, desde Kerensky a los socialistas revolucionarios de la izquierda y, yo pienso, hasta muchos anarquistas. El pueblo en masa, ¿qué quería, la guerra o la paz?

En fin, hubo el *parlamentarismo*, (la constituyente) y el *sovietismo*. Los bolchevistas no son antiparlamentarios por principio, pero no teniendo más que los votos obreros, se sabían en minoría sobre ese terreno frente a los socialistas revolucionarios (partido de Tchernoff) que tenían todos los votos de los campesinos: eso ha debido precipitar su golpe de Estado de noviembre, cuando disolvieron el nuevo parlamento, para reemplazarlo por un poder que emanara supuestamente de los soviets. Para llegar allí fomentaron la rivalidad entre los soviets y los elegidos a la Constituyente. El pueblo y los anarquistas han debido creerles, dejarles obrar, ayudarles. ¿Por qué? ¿creyendo hacer qué? ¿antiparlamentarismo? ¿la revolución social? En todo caso, los bolchevistas han sabido reclutar y reunir las fuerzas obreras y militares de Petrogrado contra los elegidos y el gobierno del país entero, unidades no militantes y fáciles de aplastar cuando se diera un impulso. Eso se hizo y su dictadura quedó establecida.

Sé que toda una inmensa literatura narra todas esas peripecias, ¿pero quién puede sacar de ella las verdaderas fuerzas motrices? Es extraordinario que el inmenso país haya caído en manos de un grupo de hombres que había sido hasta entonces bastante poco señalado a su atención. La razón es un concurso único de circunstancias: Emma Goldman dice, (pág. IX: "se disfrazaron con el programa agrario de los socialistas revolucionarios y con la táctica industrial de los anarquistas"; — se ha debido saber que harían la paz ¿y quizás ningún otro partido ha querido encargarse de ese peso? — estaban apoyados por el entusiasmo joven y militante de los anarquistas ("Supe que los bolchevistas habían sido apoyados virtualmente por los anarquistas para llegar al poder": E. G., I. pág. 46. Me pregunto qué habría sido de ellos si los anarquistas, siempre militantes, no hubieran prestado su concurso); y han debido poner vigorosamente la mano sobre lo que quedaba del antiguo organismo gubernamental, para transformarlo en el aparato gubernamental presente que manipulan aún. Han hecho una cosecha única. Lo que al mismo tiempo nos da la convicción del alcance histórico de su acto: no es una evolución histórica, sino *un episodio temporal y local*. Porque encontrarán siempre una crisis de toda la vida social — una paz que hacer, — anarquistas que les ayuden — una ingenuidad general e internacional que les salude? Espero que no. Es verdad que es casi fácil meterse en el bolsillo a todo un pueblo, no hay más que recordar a Mussolini; un hombre que no teme deshonrarse llega a todo. — pero Mussolini está también en tren de convertirse en un episodio fugitivo. Todo eso pertenece en primera línea a la post-guerra, a la liquidación de las desesperanzas y del desequilibrio de después de la guerra.

Llegados al poder, no podían hacer otra cosa que obstaculizar y detener todo desarrollo extra-gubernamental, y tratar de desenmarañar la confusión inmensa por medio de órdenes de arriba que, en tanto que apoyadas por amenazas de muerte, son ejecutadas bien o mal; de otro modo serían letra muerta para la mayoría. Viviendo de los productos del país, de las acumulaciones seculares, disponiendo de las riquezas naturales del suelo y del subsuelo, de todo el aparato gubernamental del ejército, estimulando el sentimiento patriota y alimentando la esperanza de ciertas revanchas, es más fácil para los bolchevistas continuar reinando que no continuar: están en la misma posición que el zarismo, que era demasiado profundamente diferente de todo otro sistema político para que una evolución

constitucional haya sido posible; los años, a partir de 1906, lo demuestran. Un bolchevismo, un zarismo, un fascismo constitucional es un absurdo.

En todo esto no hay más que un socialismo puramente nominal, tan débil como una sombra; ¿o bien se pretendería que todos los funcionarios viviesen en el socialismo, porque el Estado es su único patrón? El obrero ruso tiene la satisfacción de saber que su fábrica es considerada como perteneciente al Estado, pero funciona, muy a menudo, bajo la férula del antiguo capitalista, rodaje mínimo e impotente, como antes. No es ese el socialismo que el pueblo sueña desde hace muchos siglos, socialismo de vida amplia y libre, alegre y feliz.

Es triste pensar las probabilidades que han dejado perder los hombres que llegaron al poder en noviembre de 1917. Los primeros socialistas llegados al control de los recursos de un inmenso país, ayudados manifiestamente por tantas buenas voluntades de socialistas de otros matices y de anarquistas que los tomaron sinceramente por el grupo más avanzado socialmente, no han sabido más que traicionar y asesinar a sus camaradas y a todos los que no hicieron acto de sumisión — y cuando habrían podido dar un apoyo serio a los movimientos socialistas tan diversos de todos los países, no se sirvieron de los medios a su disposición más que para combatir todo socialismo que no les conviniese y para crear artificialmente los partidos de desunión socialista: porque ellos se vanaglorian con la ilusión de que se seguirá su ejemplo literalmente.

Pero si una cosa es segura, es que la revolución rusa fué un acontecimiento gigantesco, es verdad, pero puramente *local*; como la revolución francesa de 1789, no fué seguida en ningún otro país espontáneamente y no fué llevada más allá de las fronteras, después, temporalmente, más que en el curso de las guerras. El ritmo de la evolución de los pueblos difiere; por eso Inglaterra hizo sola la revolución en el siglo XVI. El internacionalismo no puede ser improvisado. Las revoluciones serias son fenómenos tanto más poderosos cuanto que son de crecimiento local, alimentadas por los elementos del suelo local. La diferenciación de las revoluciones es semejante a la individualización de los individuos, que es una causa primaria de toda eficacia. La revolución más viable es la que ha nacido mejor; hay una *eugénica* de las revoluciones. No estamos sino al comienzo del estudio de estas cuestiones, pero hemos pasado al menos el período ingenuo de las revoluciones exportadas, hechas según un modelo, imitando el golpe de Estado ruso de noviembre — esos son extravíos que la razón disipará.

Hasta aquí nada indica que la caída de las antiguas monarquías, Stuardo, Borbón, Habsburgo y Hohenzollern y la caída de los Romanoff hayan implicado cambios verdaderamente *socialistas*, aunque en cada ocasión hayan tenido lugar cambios *sociales* y hayan sido agitadas muchas cuestiones sociales. La revolución social que hará nacer el socialismo, será muy diversa — de otra manera destructiva y de otra manera reconstructora. La idea de esperar esa revolución a remolque de los acontecimientos presentes en Rusia me parece históricamente grotesca. Su hora llegará y entonces se verá cómo las expectaciones presentes eran fútiles.

No hay nada de desaliento en estas reflexiones y al mismo tiempo para mí no hay la sombra de un pensamiento de reproche para el pueblo ruso, hecho tan cruelmente víctima, que cayó de la Scilla del zarismo a través de un corto sueño de libertad a la Caribdis del bolchevismo. Ese pueblo no deseará nada mejor que ver cómo su martirio beneficia a los otros pueblos. A los anarquistas, que de buena fé ayudaron al advenimiento del bolchevismo, les corresponde reparar ese error, sembrando la idea de la revolución generosa y libertadora de nuestras aspiraciones. Emma Goldman ha dicho una palabra que debe fijarse en nuestro pensamiento cotidiano, al exigir que los medios correspondan con el fin; por la *dictadura* no se llega más que al *despotismo* y por la *libertad* se llegará a la *anarquía*. Por la *punición* se llega al *crimen* y por la *generosidad* a la *inocencia*. Es verdaderamente un talismán esa idea, que instintivamente nos enseña cómo hay que hacer y lo qué no hay que hacer. Por el *dogma* se llega al *fanatismo*, a la religión, por la *investigación libre* se llega a la *ciencia*. Tenemos buenas cosas ante nosotros, si somos buenos nosotros mismos. Miremos hacia adelante y dejemos "que los muertos entierren sus muertos", dejemos a los bolchevistas extinguirse entre sí. ¡La Rusia revolucionaria sabrá renacer!

Max Nettlau

26 de diciembre de 1924.

Ensayo inédito de Tolstoy

LAMENNAIS

Este ensayo, del cual ésta es la primera traducción en castellano, es poco conocido en la misma Rusia. Forma parte de ese libro citado por su hija Alejandra, "Lecturas Cotidianas", que el genio de Yasnaya Poliana compuso en las postrimerías de su vida, comentando un gran número de grandes escritores. Era a modo de una antología, dispuesta como calendario, señalándose los días y las semanas por fragmentos distintos, siendo estos últimos desarrollados con más amplitud. Este volumen, no incluído en las obras de Tolstoy, es inhallable.

Esta página sobre Lamennais es el resultado de sus lecturas hebdomadarias.

———

Los grandes espíritus y los corazones ardientes, los hombres que tras ellos dejan huellas profundas, atraviesan por las mismas etapas que los hombres ordinarios, sólo que de una manera mucho más bonda y penetrante.

Estas etapas son las siguientes:

1º. Creencia inculcada al niño; completa sumisión a toda autoridad; relaciones tranquilas y confiadas con sus parientes y allegados.

2º. Profundización de la naturaleza de esta creencia, admitida sin la menor desconfianza; duda incierta que no puede expresarse con toda exactitud, y entero aplomo para la obra apologética y el proselitismo. Aprobación y elogios del círculo que le rodea.

3º. Tentativa de purificar su fé de ese credo, de todo lo que tiene de supersticioso y mendaz, para mejorarla y fundamentarla en los principios de la vida. Ruptura con aquellos que simpatizaron con él, y contra su animosidad.

En fin, el 4º. Rechazo completo de la doctrina religiosa que antes aceptó con ciega confianza; reconocimiento implícito de los principios que están de acuerdo con la razón y el sentimiento, en relación de los hombres y su afinidad con Dios; amor intenso y elevado por un reducido número de allegados, temor y odio por el mayor número, y después el fin.

Que lo quieran o no, todos los hombres, inconsciente o conscientemente, pasan por esas mismas fases. Al principio, confianza completa; luego, duda imperceptible; más tarde, ensayos más o menos débiles para emprender una conducta personal en la vida y, en fin, puestos frente a su Dios, entero conocimiento de la verdad, la soledad y luego el fin.

Si todos los hombres franquean estos estados de alma, Lamennais los cruzó con una extraordinaria fecundidad

El filósofo nació en Bretaña en 1782. En 1816 celebró su primera misa. Aunque toda su vida fué muy religioso, no vistió el traje talar por vocación. Sus cartas nos demuestran que abrazó el sacerdocio por iniciativa de sus parientes. Apercibiéndose de sus aspiraciones religiosas, sus progenitores quisieron ponerle al servicio de la Iglesia.

Ya sacerdote Lamennais, consagró todas sus fuerzas a la iglesia católica, en cuya ortoxia no dudaba. Constatando la decadencia de la fé en las clases superiores, así como en el pueblo, busca reavivarla, demostrando esta verdad: que el catolicismo es la religión más difundida.

Siguiendo su opinión, la verdad no puede ser descubierta por un solo individuo, sino por la colectividad. El catolicismo, siendo profesado por el mayor número, se hallaba en lo verdadero. Por otra parte, como el catolicismo es la verdad más alta, el Estado debe someterse a él. En suma, el Estado no puede existir sin la religión, ésta sin la iglesia, y esta otra sin el Papa.

Tal era la convicción de Lamennais entonces. Es en ese estado de espíritu que escribió una de sus primeras obras: "Ensayo sobre la indiferencia por las obras de la Fé"; la que señala la primera fase de su alma: fé sin dudas.

Habiendo puesto todas sus esperanzas en la autoridad del Estado, como defensor de la religión católica, se aproxima a los partidarios extremos de los conservadores monárquicos, y fué colaborador del diario "Le Conservateur". Toma su lugar, ocupándose ante todo de religión, mientras los otros redactores defendían la monarquía. Lamennais se interesaba en el principio monárquico en la medida que podía contribuir al triunfo del catolicismo.

Bien pronto se apercibió que los intereses laicos y los de la religión, a menudo no sólo no eran idénticos, sino completamente opuestos. A veces el poder se aprovechaba, oprimiendo la religión. Habiéndose dado cuenta Lamennais, cambia de opinión, trasladándose a otro diario, ya no exige la unión del poder y del Estado, sino la completa libertad y la no intervención en los asuntos de la confesión. Luego va más lejos todavía, y entonces pide la separación de la Iglesia y del Estado, desaprueba el gobierno, se une a los revolucionarios, justificando la revolución de 1830. Fué la segunda fase de su alma.

Después de la revolución de 1830 emprende la publicación del diario "L'Avenir", en colaboración con Montalembert y Lacordaire, con este programa: 1º Separación de la Iglesia y del Estado; 2º Garantía de la libertad individual; 3º Supresión de la Cámara de los Pares y de la centralización a ultranza; 4º Supresión del derecho de censura, y el régimen del sufragio universal.

En su diario defendía la idea de que el Estado no podía intervenir en los negocios de la Iglesia, así como la Iglesia no puede entremezclarse a los negocios del Estado. Es por eso que el papa debía renunciar al poder temporal y el prelado a los emolumentos del gobierno.

Semejantes ideas no podían por cierto encontrar una buena acogida en Roma. Lamennais se dirigió a esa capital con la esperanza de convencer al Sagrado Colegio de la necesidad de hacer esas concesiones a fin de mantener los pueblos bajo la dominación de la Iglesia. Pero no fué recibido por el Papa y ninguna respuesta obtuvo por su proposición. Intensamente desilusionado en la esperanza de renovar el catolicismo, Lamennais regresa a París y continúa, durante algún tiempo, propagando en su diario la idea de reformar el catolicismo para que pueda conservar su dominio sobre las naciones. Es la tercera fase de su vida y última de su evolución.

En 1832 se publicó la encíclica del Papa condenando las ideas de Lamennais y, por más penoso que le fuera renunciar a todo lo que creía hasta entonces, a lo que había dedicado su vida, tuvo que reconocer la incurabilidad del catolicismo. Desde ese momento rompió toda relación con Roma y escribió la célebre obra: "Palabras de un creyente". Tomando como ejemplo los salmos bíblicos y las parábolas evangélicas, ataca el orden político y económico reinante, porque es contrario a los mandamientos de la religión. Ese libro bien pronto fué puesto en el índice por el Papa. Desde entonces, Lamennais se separa completamente de la Iglesia y consagra sus últimos años al servicio del pueblo. Fué su cuarta y última fase.

Transcurren las postrimerías de su vida lejos de toda actividad, casi en un absoluto aislamiento, en la pobreza, y dedicándose exclusivamente a labores literarias. Finaliza, entre otras cosas, un proyecto de "filosofía", así como sus comentarios perfectos a los cuatro Evangelios.

Su pensamiento fundamental, defendido en todos sus libros, estudios y discursos—cuando era miembro del Parlamento —es el derecho del pueblo para decidir de su suerte y de organizar su propia vida. Lo mismo en su defensa a la Iglesia católica, se guía por el principio que un individuo aislado no podría ser portador de la verdad y de la perfección moral. Es la colectividad, la masa, la nación, la humanidad entera, que es apta para alcanzarla. Defendiendo Lamennais la idea de que el poder público debe pertenecer al pueblo, no cesaba, sin embargo, de demostrar que ninguna reforma exterior, ningún cambio dentro de la orgnazación social podría mejorar las condiciones del pueblo si éste no tendiese incesantemente a la perfección moral.

"Buscad lo que es justo, solamente lo que es justo, — le decía al pueblo — porque lo justo es siempre lo que triunfa. Respetad todos los derechos, asimismo aquéllos que violentan los vuestros. Que la seguridad y la propiedad de todos os sea sagrada. El deber es obligatorio para todos y en todo tiempo. Si una sola vez faltáis a vuestro deber, ¿dónde se terminará? El desorden no podría poner remedio al desorden. ¿De qué os acusan vuestros enemigos? De que vosotros queréis reemplazarlos en su dominación, abusar del poder como ellos abusan, y que alimentáis vuestros pensamientos de venganza y tiranía. De ello resulta un terror vago en el espíritu colectivo, que vuestros enemigos aprovechan hábilmente para someteros más y más a la esclavitud". "*Ninguna acción es posible en los dominios sociales, sin una acción moral en las profundidades sociales*".

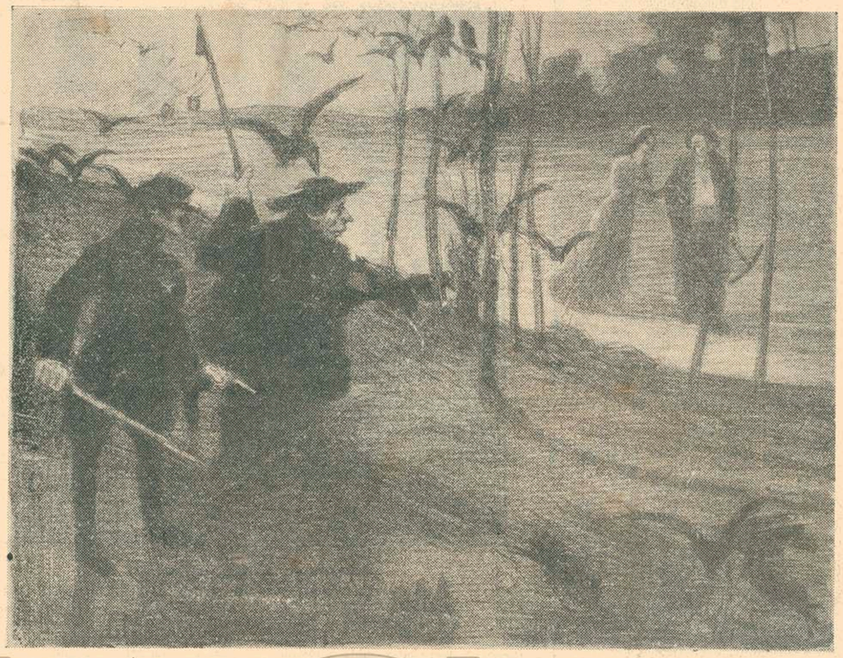
Fué siempre adversario de los sistemas socialistas y comunistas. Según él, esas doctrinas descuidan las leyes de la naturaleza humana, violentando la marcha natural de la vida por el arbitrio del poder. Las reprocha sobre todo porque ellas no tenían en vista más que los designios materiales y negaban la necesidad de la religión. Consideraba, al contrario, como necesaria la consecución por parte de la sociedad, no de los deseos meramente materiales, sino de las aspiraciones esencialmente espirituales, alcanzadas por el triunfo de la razón y del deber sobre las pasiones.

En los principios del año 1850, Lamennais cae enfermo y, apercibiéndose de que su enfermedad era mortal, hizo venir a su amigo Barbet y le eligió como su ejecutor testamentario, durante el período que le quedaba de vida y después de su muerte. Redacta una declaración expresando el deseo de ser sepultado entre los pobres, de no erigir ningún monumento sobre su tumba, de llevar sus restos directamente al cementerio, sin pasar por la iglesia. No obstante las tentativas del prelado para volverle al seno de la religión, él contestó con una negativa dulce, pero firme, no queriendo recibir ningún sacerdote. Murió en paz, con la misma fé en Dios, en la cual vivió durante toda su existencia. Sus últimas palabras fueron: "Siento que mi fin se aproxima; me someto a la voluntad de Dios y me sentiré muy bien cuando me halle con él" Y en el momento de expirar, repite varias veces: "Es mi momento más feliz".

Murió el 27 de febrero de 1854.

La obra de Lamennais es una de las más importantes y todavía no ha sido apreciada en todo su valor. Como todos los grandes espíritus y los corazones ardientes, Lamennais abrió el camino que infaltablemente seguirá la humanidad dejando de lado la fé puramente exterior, falsamente cristiana, para establecer la verdadera doctrina religiosa que modifica moralmente la vida de cada hombre, como el conjunto de la sociedad.

LA "VIRTUD" ESCANDALIZADA



En un convento, las castas esposas del señor, al apercibirse que las gallinas empollaban inutilmente los huevos, se almorzaron el gallo viejo y bichoco, reemplazándolo por otro más joven y vigoroso, con gran contentos de ellas y de las gallinas, esposas estériles... Que el lector, por la anédocta gráfica y la escrita, deduzca la moraleja moralizadora...

LITOGRAFIA DE DELAUNOY

VIDA CIENTIFICA

El enigma de la Vía Láctea

Durante las noches claras la Vía Láctea se nos aparece en el cielo, bajo la forma de anillo, un una polvareda fosforescente, del cual no percibimos más que una mitad encima de nuestras cabezas, mientras que la otra se encuentra en el hemisferio sud.

Este anillo colosal en el que cada mota de polvo es un sol lejano, gira alrededor del cielo con una inclinación de 65 grados sobre el plano ecuatorial. El astrónomo William Herschel, en el siglo último, no tardó en convencerse que este anillo débilmente luminoso se debe a un efecto de perspectiva en la distribución particular de todas las estrellas visibles. Compara la Vía Láctea a una muela circular, hendida, en el centro de la cual nosotros estaríamos colocados.

Nuestro rayo visual en el plan diametral de su disco encuentra su espesor máximo, y consecuentemente el más grande número de estrellas que se superponen, constituyendo la zona luminosa, mientras que a derecha e izquierda, en el sentido de su eje, es decir, en sus dos polos, nos hallamos en su mínimo espesor. En ese lugar, las estrellas diseminadas se destacan en el fondo negro del cielo.

Cuando se penetra en los detalles de la composición de este anillo, su forma parece mucho más complicada. Ancho en una medida de veinte grados, presenta numerosas ramificaciones y lagunas inquietantes. Partiendo de la estrella Alfa del Centauro, se divide en dos ramas que se reunen en la constelación del Cisne, después de haber realizado un camino circular de 110 grados sobre la esfera celeste. En fin, hacia Argos existe una interrupción. Con telescopios poderosos, los astrónomos distinguen numerosas formaciones, masas irregulares de materia oscura, nebulosas planetarias y nebulosas espirales

Se imaginó entonces una nueva teoría para ese conjunto de ese formidable sistema celeste, en el que el número de estrellas son calculadas por miles de millones. A través de esa concepción, la Vía Láctea sería un inmenso cortejo de estrellas, ejecutando una espiral a dos vueltas. Se percibe muy fácilmente las dos ramas en nuestro hemisferio norte.

El centro estaría colocado en la Cruz del Sud. La más gran parte de la masa estelar se mostraría en las extremidades de las espirales, y es el plan diametral donde se distinguiría las nebulosas planetarias con su sol central. En cambio, se descubrirá todas las nebulosas centrales hacia los polos de la Vía Láctea, donde el cielo se halla huérfano de estrellas.

Este formidable turbión de polvo de astros, en nuestro sistema estelar no es más que un átomo, que parece desplazarse a la velocidad de 650 kilómetros por segundo en la dirección de Capricornio. Ante esa colosal procesión de mundos en el espacio y el tiempo, el espíritu humano se pregunta si la Vía Láctea contiene todo el universo accesible a su observación, o si ella no es más que una ínfima partícula de cielo, susceptible de otras ciudades estelares. Los magníficos trabajos de Curtis, de Pease, de Shapley sobre las nebulosas espirales y las estrellas nuevas, las cefeidas de las masas estelares, aportan una respuesta a esta cuestión fundamental.

Por lo pronto la Vía Láctea es diez veces mayor de lo que pensaban los astrónomos del último siglo. Herschel, lord Kelvin, Newcomb y, asimismo, los recientes Eddington, Nordman y Flammarion.

No son 30.000 años que necesitaría un rayo de luz en su marcha de 300.000 kilómetros por segundo, para atravesar el diámetro de nuestro universo estelar, sino 300.000 años en su carrera vertiginosa.

En efecto, su masa estelar más alejada, la masa 7006 del Delfín, se encontraría a una distancia de nosotros de 220.000 años de luz — si la teoría de Arrhenius sobre la siembra de los mundos por la luz fuese verdadera — como pude indicar en una conferencia pronunciada en la Sociedad Astronómica de Francia — un germen, para llegar a nuestro planeta, emplearía más de seis millones de siglos.

Mientras tanto, la Vía Láctea, a pesar de su enorme extensión, con sus miles de millones de sistemas solares, no encierra — como algunos continúan escribiendo — todos los astros del cielo. Si nos pudiéramos alejar bastante de ella, tomaría el aspecto de una de las novecientas mil nebulosas espirales cuyo censo acaba de realizar Curtis, con su ultrapoderoso telescopio del Observatorio Lick de California.

Esos universos estelares, no solamente son análogos a los nuestros, sino que muchas veces son mucho más grandes y se hallan a distancias inconmensurables.

El estudio de sus estrellas variables, permitió a Shapley avaluar su distancia entre 8 y 10 millones de años de luz.

Estas cifras, que han sido discutidas, están fuera de la verdad, pues los recientes estudios espectrales de su luz indican un fuerte desplazamiento longitudinal de sus ondas hacia el rojo. Si este desplazamiento no se debe al efecto Doppler, como lo hizo notar Siter, sino por la aplicación de las teorías de Einstein, las distancias indicadas deben ser todavía más considerables.

Así desaparecen todos los límites que nosotros pusimos al cielo, a medida que la ciencia avanza, y el infinito donde hemos caído como una gota de agua en un océano sin riberas ni fondo, se vuelve una de las más prodigiosas realidades.

P. BECQUEREL

———

UNA NUEVA UNIVERSIDAD

Carta de Eliseo Reclús a Juan Grave

Bruselas, 22, rue Villain-Quatorze, 6 de octubre de 1894.

Querido amigo,

En efecto, se trata de fundar en Bruselas una nueva Universidad, enteramente libre de relaciones con el Estado y con los partidos políticos. La idea de esa nueva fundación nació al comienzo del año, en ocasión de los conflictos de que Vd. oyó ciertamente hablar, y han bastado seis meses para darnos un hermoso local universitario, para organizar completamente las dos facultades de derecho y de filosofía, para preparar amplíamente la de las ciencias y la de medicina, en fin, para agrupar unos sesenta profesores cuya mayoría da gratuitamente su colaboración.

Todo eso es de naturaleza como para alentarnos mucho. Sin embargo no habría que exagerar su importancia, porque no se puede modificar el programa de los exámenes, el sistema de los diplomas, y el personal de los estudiantes se compondrá siempre de jóvenes que se saben privilegiados y a quienes los exámenes darán injustas ventajas en la batalla por la vida. Además, a pesar del bello grito de guerra de la nueva Universidad: "¡Hagamos hombres!", contribuirá también en una cierta medida a hacer explotadores. Por mi parte, cuento mucho más con otra parte de la enseñanza, representada por el Instituto de Altos Estudios y por los cursos de la Extensión Universitaria que se dirigirán al gran público y cuyo auditorio no hará ni bachilleres ni doctores. Quizás allí el estremecimiento del pensamiento irá de alma en alma y, Vd. lo sabe, nosotros no tenemos otra preocupación que la de ser buenos y la de ayudar a nuestros hermanos a serlo.

Muy afectuosamente,

ELISEO RECLUS

LOS CURSOS

CURSO DE MORAL

El sargento Cirilo Bauquet llega a París; su primer cuidado es visitar a la señora Leonie Marchesse, una persona muy amable, que lo eligió como ahijado y que durante cuatro años de guerra lo colmó de regalos y de golosinas y le escribió cartas deliciosas, muy bien compuestas, a las cuales respondió él con páginas muy elocuentes; durante la lucha le describía los duros combates, y después del armisticio le hizo la crónica de la ocupación. Leonie le contestaba diciéndole todo lo que pasaba en la capital, la descripción de las fiestas de la victoria, el relato de una sesión parlamentaria a la que había asistido, etc. Cirilo sacó la conclusión de que la señora Leonie desempeñaba el cargo de ama de gobierno en casa de la señora baronesa de Boel, en la calle Richelieu. El sargento Bauquet es un joven de fisonomía agradable. Luce sobre el pecho una colección de gloriosas insignias: la placa de piloto aviador, a la derecha; la cinta de la cruz de guerra, la de la medalla militar, la de los heridos, la condecoración norteamericana, etc.; lleva, por último, la forrajera roja. Llega al número 206 de la calle de Richelieu; es una casa que parece habitada por comerciantes; pregunta al portero: "¡Hace el favor de decirme dónde vive la señora baronesa de Boel?". El portero le mira de un modo extraño: "En el primero, pasado el entresuelo; hay una placa." En efecto; en el primero de la derecha, una puerta se adorna con una gran placa de cobre, cubierta en sus cuatro picos de arabescos multicolores; en el centro se lee esta sola palabra: Boel. Por lo visto la baronesa se dedica al comercio. Cirilo llama; repique lejano. Una criadita, con cara de parisiense, abre.

Cirilo. — ¿Vive aquí la señora baronesa de Boel?

La sirvienta. — Sí, señor.

Cirilo. — ¿Podría hablar con la señora Leonie Marchesse? (*Le entrega su tarjeta*).

La sirvienta. — No sé si estará levantada ya.

Cirilo. — (*asombrado*). ¿A las tres de la tarde?

La sirvienta. — Las damas estas se acostaron muy tarde. De todas maneras, pasaré a ver... ¿Quiere esperar el señor, en el salón?

La sirvienta introduce a Cirilo en una amplia estancia, parecida a un salón de médico; ni siquiera falta en ella la obligatoria mesa de incrustaciones. Moblaje estrafalario, comprado pieza por pieza en el Hotel de Ventas. Es de una impersonalidad burguesa, que no permite adivinar el estado civil de la señora Boel ni el género de comercio a que se dedica. Debe de ser una mujer de negocios, una dama picapleitos. Al cabo de un cuarto de hora aparece la señora Leonie Marchesse. Es una mujer alta, de hermosa presencia y de agradable fisonomía, con unos admirables ojos, de un encanto muy sugestivo; luce un vestido negro muy sencillo, pero muy elegante; alarga a Cirilo una mano bien cuidada

Leonie.— ¡Dispense, mi querido ahijado, que le haya hecho esperar...! Estaba acabando de arreglarme... ¿Por qué no me anunció usted su llegada en la última carta?... ¡Habría ido a aguardarle a la estación...!

Cirilo.— Ha sido un viaje imprevisto. Vengo para preparar mi desmovilización.

Leonie. — ¡Oh! ¡Es una lástima...! ¡Le sentaba tan bien el uniforme...!

Cirilo.— ¡Bastante lo llevé ya...!

Leonie.— ¿No quiere usted hacer carrera en el ejército...? ¡Me parece mal.! Un hombre joven y bien formado, como usted, tiene un hermoso porvenir en la carrera militar. ¡Pero siéntese usted...!

Cirilo.— ¡Muchas gracias...! ¡Temería molestarla...!

Leonie.— ¡Oh! No tengo nada que hacer hasta las ocho. Si usted quiere, saldremos juntos a recorrer París.

Cirilo.— Prefiero permanecer al lado de mi querida madrina, que ha sido tan buena para mí y a la que yo desaba tanto conocer. Sus cartas me sostuvieron durante las horas penosas. Tengo que felicitarla. ¡Escribe usted como madame Sevigné...!

Leonie (orgullosa).—¡Oh! ¡Tengo mis títulos académicos, aunque maldito si me sirven de algo.

Cirilo.— Una mujer no debe sentir nunca ser instruída, cuando es bonita.

Leonie.—. ¡Indudablemente... Pero es preferible que sea bonita...!

La sirviente (entrando sin llamar)— ¡Leo...! La señora pregunta si podrás salir de paseo a las seis.

Leonie.— ¡Bah! ¡Ya ves que tengo aquí a mi ahijado...! Que mande a Carmen, o a Irma.

La sirviente.— ¡Es que el general quiere que seas tú...!

Leonie.— ¡Pues contéstale que he salido y déjanos en paz...!

Este breve coloquio sume a Cirilo en una estupefacción inquieta. La sirviente sale.

— *Cirilo.* — ¿Tiene usted mucho trabajo?

Leonie.—Ahora hay algo menos que hacer, a causa de la marcha de los norteamericanos. Dentro de poco no nos quedará más que la clientela ordinaria...

Cirilo.—¡Ah...! ¿Se dedica usted a los negocios?

Leonie.—¿A qué negocios...?

Cirilo.—Yo creía... Acabo de ver en la puerta una placa comercial...

Leonie.—. *(retorciéndose de risa).* — ¡Ah...! ¡Es verdad...! ¡No te dije lo que hacía...!

Cirilo (asombrado por este tuteo repentino).—¡En efecto...! ¡Y temí ser indiscreto si le pedía algunos detalles...!

Leonie.—Y como tú no me los pedías, yo no te los dí. Además, me disgustaba que supieras lo que hacía... ¿Qué habrías pensado de tu madrina si ésta te hubiera escrito: "Estoy empleada en casa de la señora Boel, una amable mujer que recibe desde las ocho de la noche hasta las tres de la madrugada a los caballeros que buscan un alma hermana metidita en carnes...?" Habrías dicho para tus adentros: "Es una perdida...!" Y no me hubieras contestado más. Esto me habría apesadumbrado, porque te llegué a tomar cariño. Aquí, en la casa, mis compañeras me gastaban bromas: "¡Ya está Leo escribiendo a su galán...!" "¡No le habléis...! ¡Es sagrado...!" ¡Y tenían razón! Te escribía todas las noches, después del yantar, y si me hubiesen molestado, me habría vuelto loca de rabia...

Cirilo (turbado).—No tengo por qué censurarla, señora. Por el contrario, le debo un gran reconocimiento. Esperaba sus cartas todas las mañanas con una impaciencia de la que no puede usted tener idea. ¡Eran tan compasivas y tan conmovidas...! Se las leía a mis compañeros de trinchera y luego a mis camaradas de ocupación en Maguncia. Todo el mundo me envidiaba; los amigos que partían con permiso me pedían la dirección de usted con el pretexto de traerle noticias mías. ¡Y yo no quería dársela...!

Leonie.—¿Tenías celos?

Cirilo.—¡No...! pero los soldados que pasaron en las primeras líneas los meses más rudos conservaron la rudeza de su precaria existencia. No saben hablar a las mujeres, y alguno hubiera podido agravularla...

Leonie.—¡Bah! ¡Figúrate tú...! ¡Precisamente en mi oficio...!

Cirilo.—Desconocía su oficio, como usted dice. Suponía que usted era el ama de gobierno de una señora anciana...su lectora...

Leonie (soñadora).—Por esto y nada más que por esto hubiera querido esperarte en la estación y llevarte conmigo por ahí. ¿Te avergüenzas de mí...?

Cirilo (sincero).—¡Oh! No tengo derecho a juzgarla. ¡Ya ve usted...! Yo no había pensado siquiera en buscar madrina...

Leonie (asombrada).—¿Es posible? Entonces el anuncio de la *Vida Parisiense*...

Cirilo.—Era una broma que mis compañeros me habían gastado sin que yo lo supiera. Cuando usted me escribió, su carta me pareció tan bonita, que contesté. De esta manera comenzó nuestra correspondencia. Yo la estimulé; advertía en usted una criatura delicada y maltratada por la vida. Nos comprendimos.

Leonie.—¡Oh! Te aseguro que te había comprendido...! ¡Eras tan atento y tan dulce...! Cuando tenía algún pesar, me consolabas con las palabras necesarias. Será una estupidéz, pero llegué a enamorarme de tí... ¿No te disgusta que te lo confiese...?

Cirilo (confuso).—¡Sin duda está usted de buen humor...!

Leonie.—¡Hablo muy en serio...! Tú no eres como los demás; tú tienes carácter. Cuando una persona es un grosero, no escribe cosas tan bellas. Por esta causa, yo había trazado mis proyectos para el porvenir: "En cuanto vuelva, saldré a su encuentro. Nos juntaremos; nos iremos a provincias, a su lindo país de Gascogne, donde estaré bien escondida. Me encargaré del cuidado de su casa. Le ayudaré; seré su abnegada compañera, su esclava, y le amaré tanto que acabará por ser dichoso..." Todas las noches me dormía pensando en tí y rezaba también por tí... ¡Porque sabrás que tengo sentimientos religiosos...!

Cirilo (conmovido).—¿De manera que pensaba usted en mí de este modo..?

Leonie.—¡Sí...! No lo tomes a broma. Estoy segura de haberte preservado de algunos peligros.

Cirilo.—¡Qué extraño!

Leonie. —¡Ah...! ¡Comprendido...! Eres como todos los compañeros... ¡No tienes fé...!

Cirilo.—¡Al contrario...! ¡Tengo mucha..!

Leonie. (interrumpiéndole).—¡Más vale así...! ¡Te aseguro que no miento...! Es inútil decirte que no he sido muy feliz. Estaba de maestra de instrucción primaria en un pueblecillo del centro. Conocí al hijo del alcalde. ¡Tenía que suceder así! En un pueblecillo de provincias se aburre una. Pasa un buen mozo, bien puesto, que se dedica a perseguirnos. ¡Y se acaba por ceder...! Luego el seductor os deja plantada con dos niños que se parieron en secreto y que se confiaron a una nodriza... Entonces ya se sabe a qué santo encomendarse... No basta el sueldo... Y hay que hacerse prostituta, aunque no se tengan ganas de ello...

Cirilo (cogiéndole las manos).—¡Pobrecita mía...!

Leonie.—Afortunadamente, dí con la señora Boel, que se portó muy bien conmigo. A esta casa vienen solamente personas distinguidas, que no tienen maneras brutales y que pagan convenientemente. ¡Qué diantre...! ¡Son como parroquianos...! La casa está habitada por familias burguesas. Ninguno de los inquilinos sospecha que haya aquí una casa de citas. Jamás se da un escándalo; las mujeres no se extralimitan en nada; nunca hemos tenido disgustos con la policía. Pero me estoy charla que charla y no me acuerdo de que hablemos de tí.

Cirilo.—Bah! ¡Yo no soy interesante.!

Pedagogía social alemana

Leonie.—¿Por qué...? Vas a ser desmovilizado y debes preocuparte del porvenir...

Cirilo.—Volveré en seguida a mi antigua profesión...

Leonie.—¡Tan joven y ya tienes una profesión...!

Cirilo.—¡Sí...!

Leonie.—¿Y a qué te dedicabas cuando eras paisano...? ¡Nada...nada...! ¡Tienes que contestarme...! Yo te he referido toda mi vida y tú debes ser también franco conmigo... De lo contrario, me imaginaré que tienes un oficio del que te avergüenzas...

Cirilo (confuso).—No es ésta precisamente la razón que me impide confesárselo a usted...

Leonie.—A pesar de mi profesión, yo, hijo mío, soy una buena muchacha... ¡Es que no tienes confianza con tu madrina...!

Cirilo (vacilante)—¡Va usted a tomar a mal que no se lo haya avisado antes..! He sido un cobarde. Yo pensé:"¡Si me descubro, no me escribirá con tanta frecuencia...!" Además, hubiera usted dejado de enviarme las golosinas y los obsequios, que yo repartía entre mis compañeros. ¡Fuí muy culpable y ahora sufro el castigo de mi disimulo...!

Leonie (impaciente) — ¡Acabarás por desesperarme! ¿Qué ocultas en tu existençia...? ¿Acuñas moneda falsa...? ¿Te dedicas a la trata de blancas...? ¿Eres diputado...? ¡Contéstame...!

Cirilo.—Soy cura...!

Leonie (estupefacta) — ¿Eh..., ¿Qué tú...que usted es sacerdote...?

Cirilo.—Antes de la guera estaba de cura ecónomo en Saint-Sacernien-Haute-Garonne. Senté plaza para mientras durase la guerra, como mis compañeros. ¡Veinticuatro meses disfrazado! Luego me hirieron en Bouchavesnes; después entré en aviación. ¡Y aquí estoy...! No me guarde usted rencor por esta tardía confesión, puesto que usted misma la ha provocado. Yo hubiera querido salir de esta casa dejando a usted ignorante de mi condición. La veo consternada y pronta a llorar...

Leonie.—No me faltan motivos para ello... Ahora va usted a detestarme...

Cirilo.—Soy tan amigo de usted cómo antes. En cualquier tiempo, nuestra misión fué toda de indulgencia. Pero la guerra ha venido a confirmarla; cuando se vió lo que yo he visto, siéntese uno incapaz de severidad, si no es para consigo mismo. Aunque hubiera sabido quién era usted, no habría dejado de venir.

Leonie.— ¡Es usted demasiado bueno caballero...! Me consuela lo mejor que puede. Si yo lo hubiera sabido, jamás me hubiera atrevido a escribirle...

Cirilo.— Lo importante para la nobleza de nuestros actos es la intención, no la persona. Yo he conservado sus queridas cartas y las releeré cuando dude de la bondad de los humanos. No me avergüenza la ternura que contienen; usted ha puesto en ellas lo mejor de su corazón. Y si no ve usted inconveniente en ello, le ruego que continúe esta correspondencia.

Leonie.—¡Cómo...! ¡Ya, en lo sucesivo, es imposible...!

Cirilo (sonriente).—¿Por qué no se atreverá usted a dirigirse a un ministro de la religión, mientras que, en cambio, charlaba libremente con el "peludo" Bauquet? ¡Pués es una tontería, mi querida amiga...! Allá lejos, cómo ayer, cumpliré con mi obligación y necesitaré de alguien que me dé ánimos. Además, ¿qué sería de usted si no tuviera ya la ayuda moral que mis pobres cartas le proporcionaban...?

Leonie.—Yo pensaba escribir a un hombre, caballero...! Me había forjado ciertas ideas...

Cirilo (sonriente) — ¿Acaso el sacerdote no es un hombre...? Ninguno, entre mis hermanos, se atrevería a censurarme en este instante. Tengo una deuda de agradecimiento para con usted, y quiero saldarla. Pude apreciarla en todo su valor, mi querida amiga; un alma como la suya no está completamente perdida. Usted puede redimirse de sus faltas, si hay falta en ello.

Leonie (vagaq — ¡Cierto...! ¡Pero ya no me las pagarán...!

Cirilo. — Usted puede ganarse la vida en otro oficio más... ¿cómo decirlo...? más catalogado... Es usted inteligente e instruída; le recuerdo sus propias palabras: usted pensaba convertirse en la esposa de un desmovilizado...

Leonie. — ¡En la suya...!

Cirilo. — Yo le encontraré una colocación decente lejos de París. Allí, si usted lo desea, podrá aislarse del pasado y olvidar lo que ha sufrido. Se convertirá de nuevo en un ser libre.

Leonie.— Todo eso es muy bonito, pero irrealizable. Si usted hubiera sido un ahijado como todos los demás,, hubiéramos podido entendernos. Usted hubiese encontrado en mí una criada sumisa y pronta a embellecerle todos los minutos de la vida. Hay que renunciar a ello; vuelvo a caer en mi miseria...

Cirilo. — ¿Por qué no intenta usted siquiera un esfuerzo?

Leonie. — Le repito que no resulta práctico. Ejerzo una profesión que no es de las más regocijadas; hay en ella momentos desagradables... ¡Pero no sirvo mas que para esto...! La costumbre nos hace indiferentes a todas las náuseas... Sea como fuere, tengo el pan seguro para mí y para mis hijos. Usted me ha ofrecido buenos consejos, que, por desgracia, llegaron un poco tarde.

Cirilo. — ¡Nunca es demasiado tarde...! La Magdalena... Santa María Egipciaca...

Leonie. — ¡Siempre mencionan a éstas...! Son el orgullo de la corporación. Tuvieron suerte, y nada más. En nuestro oficio, para ser perdonadas, hay que hacer antes fortuna. Después se compra un castillo y se vuelve una decente.

Cirilo. — ¡Usted leyó eso en las novelas...!

Leonie. — ¡De ningún modo...! Conozco a señoras respetables que principiaron como yo, pero que supieron administrarse y ahorraron dinero. Se casaron y entraron en el buen camino.

Cirilo. — No pierdo la esperanza de hacer que usted entre también en él; pero por medios más sencillas. *(Levantándose)* ¡Ea! Ya es tarde y tengo que hacer un montón de cosas... Mi querida madrina: cuando no lleve este uniforme me será muy difícil visitarla. Además, abandonaré raras veces mi puesto. Prométame que me escribirá, que me permitirá continuar por carta la obra de su rehabilitación...

Leonie (triste) — ¡Se lo prometo, caballero...! No me servirá de mucho... En fin, podemos probar a ver... Lo acompañaré hasta la puerta...

Leonie lleva a Cirilo hasta el recibimiento; apenas cerrada la puerta, aparece la sirvienta.

Leonie.—¿Qué quieres...?

La Sirvienta. — Es lo de siempre... El general, que está colgado del teléfono.. .Pregunta por cuarta vez si volviste a casa... El pobrecito pierde la paciencia. ¿Qué se contesta...?

Leonie. — ¡Qué ya voy...! ¡Maldito rufián...!

La Sirvienta. — ¿Se marchó tu ahijado...? ¿Y sin tomar nada...?

Leonie. — ¡No! ¡Figúrate...! ¡Es una aventura extraordinaria! ¿Conoces la historia de Thais?

La Sirvienta. — ¡He leído algo de eso...! ¿No es un cura de antaño, que va a casa de una muchacha alegre para convertirla...?

Leonie. — ¡Justo...! Pues bien, amiga mía; acaba de sucederme lo mismo...

La Sirvienta. — ¿Entonces... ¿te metes en un convento...?

Leonie. — ¡Por ahora no! Voy a ver al general... ¡A escape...! ¡Mi sombrero...!

PEDRO VEBER

Virtud y deber

En una organización social en que las instituciones, las leyes y las costumbres mantengan en vigor las jerarquías opuestas a la *Igualdad*, el predominio de esas mismas jerarquías superiores contrario a la *Libertad*, y el monopolio y la explotación que escarnecen la *Justicia*, los individuos que se sienten inspirados por el bien, practican la *virtud* y al hacerlo así, se elevan sobre el nivel moral de su tiempo

Los individuos virtuosos, más o menos conscientemente, protestan contra la insuficiencia moral de la sociedad en que viven y preparan la evolución progresiva para la conquista de las reformas.

La existencia de individuos más justos que la sociedad de que forman parte es un hecho constante, no interrumpido en la serie inmensa de generaciones que constituyen la vida de la humanidad, y merced a él podemos apreciar el progreso realizado hasta nuestros días, y gozar anticipadamente del que se efectuará en lo porvenir, mediante la concepción científica de una sociedad basada en los indestructibles principios de la sociología.

Pero si la *virtud*, como excepción del mal en una sociedad injusta, y como elemento de progreso, es meritísima, considerada en abstracto es injusta, por cuanto impone a los que la practican la obligación de dar más bien del que reciben, y lo que es más, de dar en cambio de mal.

Así, pues, todo sistema religioso, filosófico o social que se funde en la *virtud*, es inmoral, es injusto.

A la *virtud*, necesidad del presente y del pasado, ha de reemplazar el *deber*, necesidad del porvenir, que significa el cumplimiento de las funciones reservadas a cada uno en un organismo social.

Si suponemos una sociedad fundada en la estrecha reciprocidad de los deberes y los derechos, un conjunto de instituciones en armónica correspondencia con la naturaleza humana, en que cada individuo dé a la sociedad con justa proporción de lo que ésta da a cada uno, todos cumplirán su *deber*, todos serán justos, y la *virtud* habrá pasado a la historia por inútil y vacía de sentido.

El *deber*, pues, supone una sociedad sin fronteras que aíslen los pueblos, sin gobernantes que legislen atendiendo sólo a sus intereses, sin holgazanes acaparadores de la riqueza producida por los pobres trabajadores, sin charlatanes que vendan indulgencias a crédulos e ignorantes.

¿Será dado a la humanidad alcanzar algún día sociedad semejante? Si hay quien se atreva a responder negativamente, que renuncie para siempre a invocar el progreso, porque éste, si es hecho evidente con respecto a lo pasado, es una promesa de cumplimiento infalible para lo porvenir, y no hay nadie capaz de señalarle límites en su marcha ascendente hacia el perfeccionamiento, aunque otra cosa digan cuatro necios conservadores o reaccionarios.

Tenemos, pues:

Virtud, idea complementaria con que los buenos procuran reparar el deficit moral en que se han hallado y hallan las sociedades humanas; que quieren hacer permanente los que niegan a la humanidad el poder de alcanzar una forma social justa, sin tener en cuenta que es absurdo, inmoral e injusto pedir a los hombres que presenten la otra mejilla al que les haya abofeteado.

Deber, idea de reciprocidad que suave y dulcemente obliga al hombre a llenar su función social en perfecta y equitativa compensación de los beneficios que de ella recibe.

¿Cuál, pues, es la obligación del hombre con respecto a estas dos ideas: *virtud, deber?*

Imponerse la *virtud* de inspirarse en el *deber* para limpiar la sociedad de todos los errores tradicionales y procurar armonizarla con la justicia; es decir, ser revolucionarios.

ANSELMO LORENZO — 1886

RUDOLF ROCKER

LA LUCHA POR EL PAN COTIDIANO

(Versión española del folleto "Der Kampf ums tägliche Brot", recientemente aparecido en Berlín, Verlag "Der Syndikalist")

(Continuación)

La experiencia nos ha evidenciado que los mejoramientos de cualquier especie no se pueden conseguir por la vía de la legislación parlamentaria, que los gobiernos y los parlamentos no se deciden nunca por motivos puramente platónicos a hacer alguna concesión a las masas. Las reformas parlamentarias sólo tienen lugar cuando la necesidad apremiante de ciertos mejoramientos ha abarcado vastas masas del pueblo y se manifiesta por medio de acciones directas y revolucionarias, hasta que el descontento general llega finalmente a tal grado que los gobernantes deben decidirse entonces a responder a las exigencias del pueblo y a acallar el descontento con ciertas reformas. Todas las reformas en los dominios más diversos de la vida económica, política y social han tenido ese origen. O bien el gobierno se vió forzado a satisfacer en cierto modo las necesidades más urgentes del pueblo, o bien las masas se conquistaron fuera del parlamento, por sí mismas, ciertos mejoramientos, que no pudieron ser suprimidos, de manera que no quedó por fin a las corporaciones legislativas más remedio que sancionarlas, que imprimirles el sello legal.

Por ejemplo la famosa ley de las diez horas en Inglaterra, de la que Marx dijo que significaba el renacimiento del proletariado, no se habría tenido sin las innumerables luchas ligadas a enormes sacrificios del proletariado inglés, que se había creado en su sociedad industrial un instrumento para hacer valer sus demandas. Tan solo cuando industrias enteras y numerosos oficios habían conquistado las diez horas, se apresuró el parlamento inglés a imprimir a esa reforma social el sello de la ley. Lo mismo sucede con todas las demás reformas parlamentarias que tuvieron verdaderamente para las grandes masas una significación.

Por propia iniciativa se resuelven en casos muy raros los gobiernos y parlamentos a otorgar ciertas reformas, y donde ocurrió eso, los supuestos mejoramientos no hallaron eco ni comprensión en el pueblo, de manera que permanecieron letra muerta en el gran desierto de las leyes. Así por ejemplo, los ensayos insípidos del parlamento inglés en el período inicial del capitalismo y de la gran industria, cuando los legisladores, asustados por los terribles resultados de la explotación fabril, que se manifestaban en la creciente degeneración de la clase obrera, se dispusieron a amenguar, mediante leyes, la monstruosa explotación de los niños proletarios, no tuvieron ningún efecto. Las leyes quedaron en el papel, porque, por una parte, no pudieron ser comprendidas por el egoísmo craso de los obreros, que estaban entonces en un grado muy bajo de la evolución, y por otra fueron directamente saboteadas por los capitalistas.

Lo mismo pasó con la conocida ley dictada por el parlamento italiano hacia 1895 para prohibir a las mujeres que debían trabajar en los yacimientos sulfúricos de Sicilia llevar sus hijos consigo al lugar del trabajo. Esa ley permaneció letra muerta, porque esas desgraciadas mujeres fueron tan miseramente pagadas que se vieron simplemente obligadas a contravenir la ley. Tan sólo más tarde, cuando se consiguió organizar esas obreras y en consecuencia se elevó esencialmente su situación material, comenzó a desaparecer el mal. Tales ejemplos se podrían mencionar en gran cantidad. La historia moderna de cada país está llena de ellos.

La ineficacia de la ley.—

Pero la misma confirmación legal de una cierta reforma está lejos de ser una garantía para su persistencia, mientras sus conquistas no hayan sido incorporadas profundamente por las masas y todo intento del capitalismo por suprimirlas de nuevo o para eludirlas de alguna manera habilidosa no tenga por consecuencia una abierta rebelión de los trabajadores. Así hemos visto que los capitalistas ingleses, a pesar de la ley de las 10 horas realizada en 1848, aprovecharon poco después una crisis industrial para forzar a los trabajadores a trabajar de nuevo once y hasta doce horas. Cuando los inspectores de fábrica se dispusieron a proceder judicialmente contra algunos capitalistas, no sólo fueron absueltos los acusados, sino que el gobierno advirtió a los inspectores que "no se atuvieran a la letra de la ley", y los trabajadores, cuando la conyuntura económica mejoró, se vieron forzados de nuevo a conquistarse por su propia fuerza las diez horas.

Pero nosotros hemos hecho en Alemania durante los últimos años la misma experiencia. Las pocas conquistas económicas que nos deparó la revolución de noviembre, entre las cuales la jornada de ocho horas era la más significativa, fueron arrancadas de nuevo, casi en absoluto, al proletariado por los capitalistas, no obstante haber "anclado", las ocho horas en cierto modo en la legislación o en la Constitución de la república.

Los mejoramientos, pues, fueron impuestos a los gobiernos por la presión de las masas fuera de los parlamentos, y cuanto más fuerte se evidenció esa presión y más vigorosamente afectó a los gobernantes, tanto más decisivas fueron las reformas. Pero el observador superficial, cuya mirada sólo se dirije a la exterioridad de las cosas, por lo general sólo puede ver las reformas puestas en acción parlamentariamente con gran aparato público y se le escapan del todo las conexiones internas y los hondos motivos de las mismas, no es extraño que confunda el efecto con la causa de los fenómenos y por esa razón se convierta en un

celoso defensor de la actividad parlamentaria. Ese observador no ve más que la ley y olvida por completo las causas externas que han contribuido de un modo determinante al nacimiento de la misma. Por eso comprende dificultosamente la verdadera significación de las grandes acciones colectivas, sobre todo en países como Alemania, donde su fé en la gran eficacia de la actividad parlamentaria es tomentada de todas las maneras por un partido obrero fuertemente desarrollado.

Pero en la misma posición se encuentra también algún obrero de tendencias supuestamente radicales y revolucionarias, inclinado a rechazar como inútil y peligroso todo mejoramiento político o económico dentro de la sociedad actual, porque se ha imaginado que la lucha por tales cosas es simplemente un monopolio de los partidos políticos obreros. También él confunde cosas de naturaleza diversa y se pierde a causa de sus falsas suposiciones en una fraseología sin sentido que debe suplir en él la falta de ideas y de pensamientos claros.

Repitámoslo nuevamente: No nos distinguimos de los partidarios de los métodos parlamentarios porque éstos reconocen la necesidad de los mejoramientos políticos, económicos y sociales y nosotros los rechazamos y sólo queremos obrar cuando se trate de la abolición de la esesclavitud del salario en general. No, *también nosotros reconocemos la necesidad de los mejoramientos constantes dentro de la actual sociedad, y nuestro objetivo socialista no sería más que un bono a la luna si nos quisiéramos sustraer a las continuas luchas por esos mejoramientos. Pero nos distinguimos de los demás por la elección de los medios y por el contenido revolucionario de nuestros métodos. Somos de opinión que todo mejoramiento de la situación de los trabajadores dentro de la sociedad capitalista, lo mismo que la emancipación definitiva del proletariado, no pueden ser realizadas en lis corporaciones legislativas del moderno Estado de clases, sino sólo por la acción revolucionaria y directa del proletariado fuera de los parlamentos y en particular por la lucha activa de sus organizaciones económicas revolucionarias. La fuerza del moderno asalariado no está en el dominio de la política parlamentaria, sino en el dominio de la producción, en su calidad de productor y creador de los valores sociales.*

La organización obrera y los parlamentos.—

Todas las conquistas y todos los mejoramientos económicos que han conseguido los trabajadores en el curso de décadas de lucha, tienen que agradecerlas a sus *organizaciones económicas* y a las luchas cotidianas entre el capital y el trabajo, no a los parlamentos. La acción parlamentaria sólo contribuyó a postergar esas conquistas y a debilitar su éxito. Pues el que espera la ayuda de arriba, tiene poca prisa en comprometer su propia persona por nuevos derechos.

Tenemos en Alemania, donde la clase obrera acató desde el principio la acción parlamentaria, algunos ejemplos clásicos de la exactitud de ese punto de vista. Recuerdo sólo la gran lucha en la industria textil de Crimmitschau en 1904. Crimmistschau pasaba por uno de los más viejos baluartes del partido social-democrático, pero la situación económica de la población textil era siempre la peor imaginable. En 1882 una parte de los trabajadores había conseguido obtener la jornada de once horas, mientras que la gran mayoría debía servir doce y trece horas, hasta que a mediados de la década 1880-90 se pudo, por fin, extender a las otras partes de la industria textil la

jornada de once horas. Pero desde entonces hasta 1904 los obreros no volvieron a ser capaces de disminuir un minuto la jornada de trabajo. No sólo eso: su situación material se hizo de año en año más miserable, y tuvieron que soportar la desvergonzada explotación de un capitalismo altivo, sin poder defenderse. Pues aunque en todas las elecciones votaban como un solo hombre por la social-democracia, y, si no me equivoco, hasta habían enviado representantes social-demócratas al consejo eclesiástico, la organización sindical era casi nula.

Se pagaba, por ejemplo, a los tejedores, al introducirse el telar mecánico, por un llamado "paño" de seis codos de Leipzig (la vieja medida fué conservada después), 1.20 marcos. Pero después se rebajó el precio a un marco y por último a 90 peniques. No contentos con eso, los fabricantes emplearon directamente medios engañosos para extraer a los obreros una parte de su salario tan costosamente ganado. Se prolongó poco a poco los "paños" de seis a siete codos, de modo que el tejedor tenía que tejer por cada pieza siete u ocho codos por los que no recibía salario alguno.

En vano firmaron casi todos los obreros de Crimmitschau la petición social-demócrata en pro del proyecto de protección obrera; en vano se hizo ver que la jornada excesiva, especialmente en las mujeres, ocasionaba graves daños orgánicos y que la mortalidad infantil en Crimmistchau era extraordinariamente elevada. Toda apelación a las corporaciones legislativas fracasó y como los trabajadores no estaban en situación de presionar a favor de sus demandas, mediante una organización sindical correspondiente, todo se redujo, durante largos años, casi exclusivamente a peticionar. Los trabajadores quedaron entregados a la gracia y a la desgracia de un capitalismo archirreaccionario que cortaba literalmente correas de la piel de los proletarios.

Cuando por fin, veinte años más tarde, se resolvió aventurar el intento de introducir las diez horas, el capitalismo no tuvo para esa justificada demanda más que un *¡no!* categórico. Y cuando después unos 600 obreros abandonaron el trabajo, los fabricantes respondieron con un lock-out general. Sucedió que de una población de 23.000 almas, 9.000 debieron cruzarse de brazos. Pero mientras que el capitalismo no retrocedía ante ningún medio y provocó la indignación de todo el proletariado de Alemania y del extranjero por medio de un terrorismo brutal, los obreros en lucha no se atrevieron a desarrollar sus medios de fuerza y a pagar a los fabricantes en la misma moneda. Los sindicatos se contentaron con el financiamiento de los lock-outeados. No se comprendió, o no se quiso comprender, que justamente porque se habían complacido en presentar la huelga general como un general absurdo, el capitalismo pudo echar mano tan inescrupulosamente al lock-out general contra los trabajadores, sabiendo que de la otra parte no había que temer nada serio.

Sucedió que la lucha de 1904, a causa de la insuficiencia de los medios sindicales empleados, quedó perdida para los trabajadores y terminó con una completa derrota de los tejedores, aunque en la caja de huelga aun quedaban medios considerables. La huelga fué liquidada simplemente por los jefes sindicales, con el pretexto pueril de que para los trabajadores no podía ser indiferente el que la testarudez del capitalismo arruinara la ciudad natal. Pero el capitalismo no se atuvo a tales escrúpulos, no se preocupó en lo más mínimo del bien y del dolor de la ciudad natal, sino que tuvo un objetivo ante sus ojos: domeñar a los trabajadores y vencer sin compasión toda resistencia.

Los fabricantes no se hubieran atrevido nunca a tal procedimiento si no hubieran estado convencidos de que la oligarquía sindical no se levantaría nunca en lucha enérgica y probablemente emplearía todos los medios para impedir una extensión del conflicto a otros dominios de la industria. Pero los trabajadores, que se habían habituado desde hacía mucho a ver en los consejos de sus jefes la mano previsora, se sometieron sin resistencia a esa solución que originó la vergonzosa capitulación. Se vió en ese suceso bien claramente las consecuencias de una educación que ilusiona a los trabajadores con la patraña de que la salvación sólo puede venir de arriba y en consecuencia deshace y entierra de antemano sistemáticamente toda legítima voluntad combativa en ellos. Por desgracia tales ejemplos se pueden mencionar en gran número, pero la historia de los tejedores de Crimmitschau tendrá en la historia del movimiento obrero alemán un capítulo especial, pues nos manifestó esa verdad con una claridad clásica y movió a serias consideraciones al proletariado de más allá de las fronteras de Alemania.

Precios y salarios.—

Por lo que se refiere a la otra afirmación de que no es de ningún modo posible un mejoramiento de la situación de la existencia proletaria dentro de la sociedad actual, porque todo aumento de salario tiene por resultado inevitable un aumento de los precios y el capitalismo, por otra parte, se ve forzado a pagar a los obreros un salario que les permita la satisfacción de las necesidades más elementales, — también esa suposición está en la más evidente contradicción con las experiencias de la realidad práctica.

En la realidad, esa concepción, que juega hoy de nuevo un papel en los círculos llamados "radicales", no es ni más ni menos que una resurrección de la vieja teoría de la *"ley de bronce de los salarios"* desde hace tanto tiempo refutada por los hechos de la vida, que Lassalle y sus partidarios consideraban como una verdad inconmovible. En la *"Offenen Antwortschreiben"* definió Lassalle esa supuesta ley económica del siguiente modo:

"La ley económica de bronce, que bajo las circunstancias actuales determina, por la dominación de la oferta y la demanda del trabajo, el salario, es ésta: que el salario medio permanece reducido al mantenimiento necesario de la vida exigible en un pueblo comunmente para la conservación de la existencia y para la reproducción. Este es el punto en que gravita siempre con oscilaciones de péndulo el verdadero salario diario, sin que jamás pueda ni elevarse sobre el mismo largo tiempo ni caer de dicho nivel. No puede elevarse largo tiempo sobre ese término medio — pues de lo contrario, por la situación mejor, más llevadera, de los trabajadores, se produciría una multiplicación de los matrimonios obreros y de la reproducción obrera, — un aumento de la población obrera y con ello la oferta de brazos que reduciría de nuevo el salario a su situación anterior o más aún. El salario no puede caer a la larga bajo el nivel del mantenimiento de la vida, pues entonces se producen: emigraciones, soltería, abstención en la reproducción y al fin una disminución del número de los trabajadores originada por la miseria, lo cual reduce la oferta de brazos y lleva de nuevo el salario a su situación anterior. El salario verdaderamente medio consiste en el movimiento a girar sin cesar en torno a aquel punto de gravedad a que tiende constantemente, ya un poco sobre él mismo (período de prosperidad en todas las ramas del trabajo), ya bajo él (período de más o menos penuria general y de las crisis). La limitación del salario medio a una necesidad vital exigible en un pueblo ordinariamente para la conservación de la existencia y para la reproducción, —esa es, lo repito, la ley terrible y broncínea que domina el salario bajo las circunstancias actuales. — Esa ley no puede ser discutida por nadie. Podría mencionaros en pro de ella tantas garantías como nombres famosos existen en la ciencia nacional-económica, y precisamente hasta de la escuela liberal misma, pues justamente la escuela económica liberal es la que ha descubierto y demostrado esa ley".

Se comprende que Lassalle con ese punto de vista no podía ser amigo de la organización *sindical* de los trabajadores y que hasta viera en ella un *obstáculo* directo para la próspera evolución del nuevo *partido* fundado por él. Y en realidad, cuando se es de la convicción de que el problema del salario y de la existencia proletaria es determinado por una ley económica inmutable, que actúa por sí misma, sin necesitar la ayuda de los hombres, ¿qué objeto tienen entonces los sindicatos, qué fin tiene toda lucha de los trabajadores por un mejoramiento de su situación económica?

Era por tanto comprensible que Lassalle negase toda significación a las huelgas y que en 1862, cuando los tipógrafos de Berlín se dirigieron al ministerio prusiano en pro del *derecho de coalición* para poder defender sus salarios, llegó hasta rehusar rotundamente toda participación de la "Allgemeinen Arbeitervereins" fundándose en que *el derecho de coalición no podía aportar ninguna ventaja a los trabajadores.* Y fué una consecuencia lógica el que los lassalleanos permanecieran originariamente hostiles a los sindicatos y el que en 1872 resolvieran, a proposición de Tolcke, la disolución de los sindicatos existentes que estaban bajo su influencia.

Y sin embargo todo observador desprejuiciado que no se cegara de antemano con suposiciones arbitrarias, ha debido decirse que la exactitud de esa supuesta ley "de bronce" está lejos de haberse probado. El hecho solo de que los trabajadores están contínuamente forzados a intervenir como poder colectivo en la regulación de los salarios para conquistar mejores precios por su trabajo y una jornada más corta, es en sí y por sí una prueba de que la llamada ley broncínea del salario no actúa con la inmutabilidad de un hecho económico, sino que los hombres deben maniobrarla siempre.

El obrero no hace, a fin de cuentas, huelgas por placer. Al contrario, en la mayor parte de los casos toda huelga está ligada para él a una serie entera de privaciones materiales y de consecuencias imprevistas que en efecto no le facilitan la decisión a la lucha.

Todo el que haya tomado parte en las luchas económicas de los trabajadores sabe, por propia experiencia, cuánta energía, agitación e instrucción es necesaria por parte de la minoría consciente para llevar la mayoría a la lucha. Y todo ese trabajo incansable y la organización más penosa aún serían del todo supérfluos si estuviéramos ante los efectos de una ley broncínea con respecto a la cual toda intervención humana sería ciertamente inútil. En realidad pasa con esa llamada "ley broncínea de los salarios", lo que con otras muchas "leyes económicas", que nacieron solamente de la fuerza de imaginación de los hombres y cuya acción total consiste únicamente en castrar la fuerza de acción de los que creen en ella.

Lo mismo que las organizaciones económicas de lucha de los trabajadores, las luchas diarias en pro de mejores salarios son también un resultado del orden económico capitalista, y están dictadas por necesidades determinadas y tan indispensables para las grandes masas obreras, que éstas se hundirían en un abismo de miseria si quisieran renunciar alguna vez a ellas, mientras estén bajo el yugo de la esclavitud del salariado. El que no ha comprendido eso hasta hoy, no tiene realmente ninguna causa para ufanarse con su supuesto "radicalismo", pues a pesar de todo su revolucionarismo no es más que un inofensivo pequeño-burgués, para quien ha permanecido oculto hasta hoy el profundo sentido del movimiento obrero.

Ciertamente, las luchas por el salario no resuelven el problema social, pero constituyen la mejor enseñanza intuitiva para hacer conocer a los trabajadores la esencia de la cuestión social y el problema de su liberación de la esclavitud económica y social, y para prepararlo para la lucha definitiva. Puede también ser exacto que los trabajadores, mientras estén forzados a vender el cerebro y los brazos a un capitalista, en otras palabras, mientras sean esclavos del salario, aparte de pocas excepciones que confirman la regla general, no ganarán nunca más de lo que necesitan para satisfacer sus necesidades vitales indispensables. *Pero las necesidades de la vida no son iguales, más bien están sometidas a un cambio contínuo y crecen proporcionalmente con las demandas que los trabajadores presentan a la vida.*

¿Quien se atreverá, por ejemplo, a sostener que la existencia del proletario del período inicial del capitalismo, fué la misma que la del obrero actual? El moderno proletario, aparte de las demandas puramente materiales de su existencia, tiene toda una serie de necesidades culturales con que sus antecesores de hace cien años no soñaron siquiera. Para poder satisfacer esas necesidades debió permanecer constantemente en lucha, a fin de conquistarse los medios para un mejoramiento de su vida física y espiritual. Y fueron precisamente esas luchas las que dieron su sello especial al moderno movimiento obrero, que se distingue de todos los otros movimientos de las épocas anteriores.

(*Continuará*)

RECTIFICANDO ERRORES

Carta de E. Reclús a Georges Renard

27—12—95.

Señor,

He recibido hace algunos días su folleto — *Socialisme libertaire et Anarchie* — del cual reconozco de buena gana el lenguaje cortés y moderado.

Varias de sus críticas me parecen justas; sin embargo Vd. se asombrará si sus argumentos no me han convencido repentinamente de mi error.

Primeramente constato que por su nombre mismo el anarquista-comunista o, si se quiere el anarquista-socialista o bien el anarquista colectivista, como dicen nuestros hermanos españoles, ve en el hombre un ser social no menos que un individuo. Los únicos anarquistas que no podrían decir otro tanto, son los anarquistas-individualistas que dicen: "Yo solo y es bastante". Vd. sabe que esos son muy raros y que no hay entre ellos y nosotros otra semejanza que la del nombre.

Constato además, al estudiar la vida, al escrutar el funcionamiento natural de todos nuestros grupos anarquistas, que en nuestras organizaciones espontáneas practicamos muy bien lo coordinación de las fuerzas. Y, además, esa coordinación de las fuerzas, lejos de darnos la impresión de que hemos aminorado nuestra libertad, nos da la alegre exaltación de haberla centuplicado: nos sentimos convertidos en una individualidad superior que tiene fuerza colectiva infinitamente más grande de lo que podía serlo nuestra pequeña fuerza personal infinitesimal. Me siento uno con el timonero del navío, con el maquinista, con el mecánico, con el sondeador, con el que, mediante los mapas, conoce el canal, con los marinos que lo sondearon, con los constructores del navío y los geómetras que han hecho posible la construcción. Si algún zamborotudo viene a turbar ese orden maravilloso del grupo libre mediante amenazas, me siento profundamente rebelde, porque ese orden, esa amenaza disminuyen mi libertad que había tan grandemente, tan nóblemente florecido en mí en la alegría de la obra común.

En una palabra, la organización es siempre defectuosa, regresiva en proporción a las pretensiones individuales y a las violencias autoritarias que encierra; siempre hermosa y buena en proporción al libre acuerdo que la anima.

Pero no insisto. No sería justo continuar la discusión, puesto que usted quiere bien prever un tiempo en que la moralidad sea bastante elevada y bastante fuerte para que la ley cese de ser necesaria como medio para imponer el respeto al derecho igual ajeno." ¡Y bien! yo creo poder decir con toda modestia que me siento vivir en esa era nueva y que toda ley amenazadora es para mí un insulto. Es con horror que leo sobre tal o cual muro, en tal parque de la "libre" Helvecia: "Seis francos de multa; la mitad para el delator!"

Reciba, señor, mis saludos cordiales.

ELISEO RECLUS

LIBROS PUBLICADOS
POR LA
EDITORIAL LA PROTESTA

La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakunin—Un tomo de 336 págs. En rústica, $ 1.50, en tela $ 3.50.—
Temas Subversivos, por Sebastián Faure—Un tomo de 310 págs. Próximamente segunda edición
Los anarquistas (Estudio y réplica), por C. Lombroso y R. Mella. Un tomo de 170 págs., $ 1.00
Mi Comunismo, por Sebastián Faure. Un tomo de 440 págs. En rústica, $ 2.00 — Encuadernado en tela, $ 3.50.—
Conferencias, tomo I: El Estado, su rol histórico, El Estado moderno, por P. Kropotkine. Un tomo de 150 págs. Rústica, $ 0.50. Encuadernación tela, $ 1.50 —
Cartas a una mujer sobre la anarquía, por Luis Fabbri. En rústica, $ 0.50— en tela $ 1.50.—
La Ukrania revolucionaria, por A. Souchy — $ 0.30